

LOS ESTUDIOS SOBRE EL SOCIALISMO TEMPRANO EN COLOMBIA: UNA VERSIÓN DE LA IZQUIERDA

Isidro Vanegas

Este ensayo indaga sobre los estudios acerca del socialismo en Colombia antes de 1930. Un tema que ha atraído a considerable número de investigadores y ha dado frutos en un amplia cantidad de trabajos.

Al ser la izquierda un campo político fuertemente apegado a los debates doctrinarios, hila esta panorámica el supuesto de que existe una fuerte relación entre los avatares de la izquierda y la forma como ha reconstruido discursivamente sus propios orígenes, su desarrollo y sus vinculaciones con la sociedad colombiana.

Vulgarización del socialismo

Hasta mediados de los años treinta del siglo XX no se realizaron investigaciones acerca de las actividades de los grupos socialistas o del movimiento sindical en Colombia. Con anterioridad a ésta fecha se habían publicado en el país algunos pocos textos tendientes a dar a conocer las ideas, los pensadores, los líderes y los movimientos socialistas de Europa. Esa labor de vulgarización fue realizada principalmente a través de los periódicos y tuvo un carácter muy fragmentario y superficial, de manera que lo que fue entonces denominado socialismo, comunismo o anarquismo era con mayor frecuencia una forma de agraviar a los líderes o movimientos populares e indicaba su presunta proclividad a la destrucción y la violencia —inversamente, los sectores cobijados bajo dicha denominación, se la apropiaban como una forma

de amenaza latente—, antes que un concepto claramente delimitado capaz de distinguir una corriente política.

El desconocimiento del socialismo facilitó su menosprecio y estigmatización. Mientras hubo que enfatizar la necesidad de implantar radicalmente la doctrina liberal, a mediados del XIX, grupos de jóvenes liberales invocaron con frecuencia y defendieron apasionadamente su propia versión del ideal socialista, asegurando que era la forma más adecuada de garantizar el incremento y la justa distribución de la riqueza social. Cuando triunfó el ideal librecambista bajo premisas centralistas y católicas durante la Regeneración, y en Europa, especialmente en Francia, las corrientes del socialismo romántico y moderado de Hugo y Lamartine fueron sustituidas por grupos radicales con cierta simpatía por las acciones violentas, la palabra socialismo se convirtió en un anatema incluso para gran parte de los dirigentes liberales. Pero si los jóvenes de la élite cachaca ya no querían hablar de socialismo, cada vez fueron más los líderes populares que hicieron suya esa denominación.

El bagaje doctrinario de los hombres que fundaron los primeros sindicatos, llevaron a cabo las primeras huelgas y abogaron por el socialismo, era bastante limitado y epidérmico, y en él convivieron sin mayores conflictos tanto elementos del radicalismo liberal como del catolicismo y de las más variadas corrientes socialistas. Esos líderes populares cobijaron su proyecto político bajo la autoridad de muy diversos y contradictorios autores, como lo expresaron en el «Manifiesto del Sindicato Central Obrero a los artesanos de la República» de marzo de 1919:

el sindicato, conocedor ya de los procedimientos de reivindicación obrera puestos en práctica en los países civilizados, va contra el comunismo y el anarquismo, principios que requieren una mayor perfección humana, y acepta el socialismo científico preconizado, entre mil expositores y economistas por Bedel, Jaurés, Fernando Naudier, Hamón, Chirac, Faguet, Pablo Iglesias, Janet, Louis Bertrand, Bakounine, C. Marx, Enrique Malatesta, Lavelaye, Lacy, W. Holmes, Blacke, Sidney, Weeb, etc.¹

Lentamente esos discursos se irán diferenciando entre sí, adquiriendo contextura propia en la mentalidad de los dirigentes obreros, de manera que la acción política de los socialistas irá ganando también singularidad, delimitando sus aliados y contradictores, su programa y sus formas de acción.

Por lo pronto, en las primeras décadas del siglo XX, incipientes grupos de activistas adelantaron la labor de difundir las bondades de los procesos asociativos, y a su lado los periódicos, que se publicaban en número considerable

¹ Tomado de Cuadros Caldas, Julio. *Comunismo criollo...*, t. 2, p. 47.

especialmente a nivel local por todo el país, se ocuparon de difundir los rudimentos del socialismo.

La revolución bolchevique, un acontecimiento tan trascendental en la reconstrucción del mapa político del socialismo mundial, fue reconocida como un hito en las luchas populares y saludada con alborozo, pero durante varios años no se le conoció en detalle, ni se tuvo una idea aunque fuera aproximada del carácter de las fuerzas que a su interior coexistían y se confrontaban, ni de las tesis que se iban imponiendo, tampoco de los conflictos que sostuvo con otras corrientes socialistas.

El aislamiento del país impedía que los grupos socialistas realizaran intercambios fluidos con organizaciones socialistas de Europa o América. Condiciones sociales que hubieran posibilitado una mayor apropiación y desarrollo de un pensamiento socialista, como la afluencia masiva de inmigrantes, la disponibilidad de abundantes materiales de estudio, la existencia de una sólida tradición de discusión teórica y de fuertes organizaciones populares también se echaron de menos. A pesar de —¿o mejor, debido a?— los grandes avances organizativos del socialismo en la década del veinte, siguieron siendo en extremo escasos los textos disponibles para edificar y sustentar esa doctrina. Las «Bases de orientación» que sirvieron a Gaitán para elaborar su tesis de grado o la bibliografía que el grupo comunista recomendaba dentro del proyecto de programa del partido comunista, textos ambos de 1924, nos permiten tener una visión aproximada de la extensión discursiva, aunque poco nos hablen de su profundidad y consistencia. El listado del primer autor incluye *El capital*, *Crítica de la economía política* y *Salarios, precios y ganancias* de Marx; *Socialismo utópico* y *Socialismo científico* y *La revolución de la ciencia* de Engels; *El socialismo y el movimiento social* de Werner Sombart; *La revolución bolchevique* de Lenin; *Terrorismo y comunismo* de Trosky; *Del materialismo histórico* de Antonio Labriola.² El grupo comunista liderado por Tejada recomendaba. «De Lenin, *El Estado y la revolución proletaria*; *Democracia burguesa*. De Trotsky *Terrorismo y comunismo o el AntiKautsky*, *El triunfo del bolcheviquismo*. De Bujarin, *ABC del comunismo*, *El programa de los bolcheviques*. De Marx, *El capital*.»³

Esa escasa literatura socialista fue siendo conocida por un público cada vez más amplio, en primer lugar algunos grupos intelectuales, los que por diversos medios iniciaron su difusión. La propagación de dichas ideas fue uno de los

² Jorge Eliécer Gaitán. *Las ideas socialistas en Colombia*. Centro Jorge Eliécer Gaitán – Facultad de Derecho Universidad Nacional. (Bogotá 1984) p. 168. Los nombres de los autores han sido transcritos fielmente

³ Gilberto Loaiza Cano. *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura*. Colcultura. (Bogotá 1995) p. 188.

objetivos que tal vez animó al joven Jorge Eliécer Gaitán, quien con el objeto de graduarse en la Universidad Nacional escribió en 1924 el que puede considerarse el primer estudio sistemático realizado en Colombia acerca de las ideas socialistas. A diferencia de autores anteriores, revela un amplio conocimiento del tema, procura una exposición ecuánime y demuestra interés en consultar las fuentes disponibles, tratando de confrontarlas.

Como ocurre con casi todos los estudios sobre el tema, el texto de Gaitán acusa notorios fines y adherencias políticas.⁴ En consonancia con la preocupación de algunos sectores liberales, abogó porque ese partido hiciera suyas no solo el conjunto de reivindicaciones populares sino algunos elementos discursivos que entonces agitaban los grupos socialistas. Consideraba que al ponerse a tono con el «problema social», el liberalismo ganaría mejores posibilidades de reconquistar el poder y materializar sus propios principios. En consecuencia pensaba que no era «destrozando la corriente política que en Colombia representa el partido avanzado o de oposición como mejor se labora por el triunfo de los altos principios que guían hoy los anhelos reformadores de los pueblos».⁵ Pero dar carta de ciudadanía al socialismo significaba, entre otras cosas, demostrar que no constituía una doctrina exótica, sino que se avenía con las características más profundas de la nacionalidad colombiana, y que la posibilidad de su apropiación en el país estaba dada por los avances en la modernización capitalista, aunque la industrialización fuera todavía débil.

El socialismo de Gaitán acepta los presupuestos marxistas en cuanto a la interpretación de la sociedad burguesa, manteniendo grandes coincidencias con el moderado socialismo de la II Internacional acerca de cómo desarrollar la lucha política. Cuando reflexiona acerca del camino a seguir para transformar la sociedad colombiana estima inadecuada una táctica de radical confrontación con el orden social imperante y prefiere una táctica evolucionista pues considera inexistentes las condiciones para tomarse el poder por la fuerza.⁶ Desdeñaba los alcances del socialismo colombiano, pues consideraba que no había sabido apreciar ni interpretar adecuadamente la realidad nacional:

En Colombia hay valiosas unidades que profesan estas ideas, pero quienes han tratado de dotarlas de una dinámica de organismo autóctono, quizá no han

⁴ Gaitán niega que su estudio tenga propósitos partidistas. Rechaza en forma aún más vehemente cualquier vínculo con organizaciones socialistas. Según él, su monografía tenía por objetivo apenas «estudiar estas ideas por su aspecto científico, bajo la modalidad técnica del sistema económico que el socialismo presenta». *Las ideas socialistas en Colombia*, p. 9.

⁵ Gaitán, J. 10.

⁶ Gaitán, J. 156.

sido los más afortunados en su interpretación, ni en los medios, ni en la apreciación de las características peculiares a nuestra vida política.⁷

A pesar del poco entusiasmo de Gaitán por los grupos socialistas, estos ya habían logrado desarrollar importantes acciones de reivindicación laboral e impulsar la difusión de su ideario. Aunque sus líderes fueran, en general, antes que teóricos unos avezados agitadores, lograron sentar las bases de una corriente política independiente de liberales, conservadores y republicanos.

El ABC del comunismo

El liberalismo que llegó al poder en 1930 había dejado en el olvido muchos de sus ademanes radicales, había perdido empeño en representar a los sectores populares y se esforzaba en demostrar su moderación. Este viraje, que fue una de las premisas de su ascenso al poder había sido facilitado por el debilitamiento de las organizaciones socialistas que así, habían dejado de ser un factor dinámico de movilización social y un acicate para la política liberal. El declive de los grupos socialistas y el encumbramiento vigoroso del liberalismo no resultaban paradójicos, sino parte de un mismo proceso de lucha contra la hegemonía conservadora; el brutal y persistente acoso del gobierno a la briosa lucha de los socialistas supo ser aprovechado por el liberalismo para erosionar el gobierno de Abadía y reconquistar el poder.

Los dirigentes liberales buscaban orientar el país hacia un proceso de desarrollo decididamente capitalista impulsando la industrialización, creando un mercado interno, modernizando la agricultura, cualificando la mano de obra. Esos esfuerzos en el ámbito económico debían ser acompañados por la desacralización de la sociedad y la instauración de una clara racionalidad capitalista, objetivos que a su vez requerían el mejoramiento y extensión de la educación.

El mayor dinamismo que fue envolviendo a toda la sociedad facilitó las condiciones para que se agitaran las ideas, se confrontaran los discursos, se revitalizaran los partidos. El partido liberal, que había soportado un largo relegamiento, vio como se ampliaba su nómina de dirigentes con jóvenes que venían a llenar los vacíos dejados por los antiguos dirigentes como Rafael Uribe Uribe o Benjamín Herrera, más guerreros que estadistas. Fueron escasos los nuevos dirigentes que fueron a la vez líderes sociales; pero ellos, pese a poseer una limitada capacidad de acción, contribuyeron organizando sindicatos y ligas campesinas y trataron de dar continuidad con sus precarias fuerzas a la

⁷ Gaitán, J. 10.

tradición de un liberalismo popular, antiautoritario, anticlerical y antiimperialista —similar en muchos puntos a la idea que algunos sectores impulsaban en la revolución mexicana—, dejado de lado por los dirigentes nacionales. Julio Cuadros Caldas fue uno de los predicadores de ese liberalismo radical —que gustaba usar el término revolucionario para designarse—, además de difusor de la obra de los gobiernos de ese partido. Sus ideas, como él lo reconoce, estuvieron influenciadas por Haya de la Torre, quien pretendía estar creando una corriente política original, en contradicción tanto con el comunismo adherido a la III Internacional como con las opciones burguesas vinculadas al imperialismo norteamericano.⁸

La obra de Julio Cuadros Caldas *Comunismo criollo y liberalismo autóctono* (1937) nos ofrece la primera reflexión sobre los orígenes del movimiento obrero y los grupos socialistas, aunque no está íntegramente dedicada al tema. Pero es esta obra un ejemplar típico de la literatura anticomunista. Juzga dicha doctrina como extraña a la nación, dañina y hábil en el uso de artimañas para encubrir su influencia, y concluye, valiéndose de pruebas en ocasiones carentes de rigor y hasta fantasiosas, que los descabros de la organización sindical y el atraso de las reivindicaciones populares se debía ante todo a la acción disolvente del comunismo internacional, el cual hace aparecer en Colombia, mediante una de sus dudosas operaciones argumentativas, en el año de 1922.

A pesar de su evidente toma de posición, de tener claramente establecidas de antemano las conclusiones, Cuadros Caldas indagó ampliamente, buscó datos en los periódicos, habló con los antiguos dirigentes socialistas, de manera que nos ofrece un material que ayuda a comprender la dinámica de los primeros sindicatos y líderes obreros, así como de las luchas del PSR.

El comunismo que gusta cuestionar Cuadros Caldas, no era sin embargo para el momento (1937), ni tan influyente como lo dibuja —con la usual consecuencia de concitar una desproporcionada acción retaliatoria—, ni tan extraño a las tradiciones políticas colombianas, ni tan carente de independencia con respecto a los centros del poder comunista, ni simplemente pernicioso.

⁸ Cuadros Caldas se propuso «colaborar en la lucha contra la imitación mimética y pueril de Europa a que nos quiere forzar el comunismo criollo». Por oposición a ese «comunismo mestizo», estéril y exótico que le mereció todo tipo de reproches, sus preferencias políticas se orientaban hacia un liberalismo «autéctono» que encierre «las luchas, las aspiraciones y las ideologías, que con diferencias superficiales y transitorias, convergen de todas nuestras repúblicas mestizas hacia una misma vibración humana para proyectar en el futuro nuestro destino y nuestra personalidad nueva y única en el mundo, como producto de una colectiva situación económica». Cuadros C., Julio. *Comunismo criollo...*, t. 2, p. 459.

Después de la disolución del PSR y la fundación del Partido Comunista bajo la directa y firme influencia de la Internacional Comunista el campo de la izquierda quedó prácticamente limitado a esta organización, aunque subsistieron núcleos cada vez más débiles de socialistas renuentes a aceptar la dirección comunista. El comunismo colombiano buscó tenazmente dotarse de una identidad y de un espacio político a partir de las premisas del Partido Comunista de la Unión Soviética ya claramente dominado por Stalin y en el que no existía prácticamente la oposición. Fue el PCUS a través de la Internacional Comunista quien diseñó las líneas gruesas de la política de los partidos comunistas de todo el mundo. Y si en un primer momento llamó al enfrentamiento de clase contra clase y a la ruptura con los socialdemócratas, denominados social-fascistas, en seguida instruyó la constitución —junto con las mismas fuerzas políticas antes repudiadas— de frentes populares para enfrentar la agresión fascista.

El Partido Comunista Colombiano hizo arduos esfuerzos por llevar a la práctica los preceptos de la Internacional Comunista sin conseguirlo plenamente. Su labor se orientó a centralizar la organización, a imbuir a sus miembros de una clara doctrina, a conseguir la consolidación de una estructura organizativa permanente y dinámica. La profusión de periódicos locales que había caracterizado al socialismo de los años veinte cedió paso a unas pocas publicaciones nacionales (*Verdad Obrera, Tierra*) que a más de dar cuenta de las preocupaciones del momento divulgando las actividades gremiales y fijando una posición sobre la actualidad política nacional e internacional, se ocuparon de llevar a los militantes algo de la doctrina comunista, nutrida casi exclusivamente de los estrechos vínculos que se habían ido tejiendo con los centros directores de la política socialista. Existía una mayor posibilidad de acceder a los textos del marxismo, aunque el listado de ellos no fuera muy extenso y la discusión siguiera siendo precaria.

El Partido Comunista llevó adelante sin embargo algunos débiles esfuerzos por introducir al país el discurso marxista y aplicar sus conceptos al análisis de la historia nacional.⁹ Sin embargo, los esfuerzos por aclimatar el marxismo siguieron siendo escasos y precarios y no se realizaron estudios sistemáticos sobre la estructura social del país ni reflexiones sobre la historia del socialismo. Uno de los pocos estudiosos del marxismo durante este periodo fue Luis

⁹ Carmen Fortoul [...] organizó un nuevo círculo de estudio del marxismo entre 1930 y 1932 ligado al P.C. cuya existencia fue efímera y se disolvió debido finalmente a la represión anticomunista. Sin embargo esta labor contribuyó efectivamente a la publicación del primer libro sobre "Historia de Colombia" basado en las categorías de Marx sobre el desarrollo del capitalismo, ubicando la colonia en el periodo de acumulación originaria de capital; nos referimos al libro *De los chibchas a la colonia y a la República* de Guillermo Hernández Rodríguez. Rocío Londoño. *Una experiencia de la investigación marxista en Colombia*. 46.

Eduardo Nieto Arteta quien escribió los ensayos «En defensa del pensamiento de Marx» (1933), «Marxismo y liberalismo» (1934), «Dos dialécticas: Marx y Proudhon» (1941) y «“Dialéctica de la naturaleza” de Federico Engels» (1943) que pueden ser considerados el primer esfuerzo sistemático por apropiarse de la teoría marxista en el país.

A pesar de los importantes cambios impulsados por los gobiernos liberales, los rasgos oligárquicos de la República se atenuaron poco; los privilegios de los terratenientes y especuladores no fueron tocados, a pesar de las leyes declarando que la propiedad debía tener una función social. La izquierda era extremadamente débil para que su contribución al desarrollo de cambios importantes en la estructura social fuera relevante, a pesar de su notoria presencia en las luchas sindicales o agrarias. La etapa de «revisionismo browderista», que pretendía imponer la atenuación de los conflictos sociales y nacionales, terminó definitivamente al desatarse la represión después del 9 de abril de 1948, cuando el PCC fue acusado de llevar a cabo el asesinato del caudillo y de organizar las protestas posteriores.

A medida que los gobiernos conservadores se hicieron fuertes los sectores modernizadores se vieron acosados, las libertades públicas fueron restringidas en aras de rechazar las impías doctrinas extranjeras y se marchitaron las posibilidades de la discusión teórica.

La violencia bipartidista de origen oligárquico se instauró en el país, y como respuesta surgieron las guerrillas liberales y las autodefensas campesinas del PCC. Este, lanzado a la clandestinidad fortaleció su vocación conspirativa y se deslizó temporalmente hacia una estructura militar que le permitiera sobrevivir en medio de la represión estatal.

La primacía de una política sectariamente reaccionaria no era precisamente el escenario más adecuado para la investigación social, para el pensamiento crítico, para la reflexión académica sobre el país. Esfuerzos importantes para el desarrollo de las ciencias sociales como la Normal Superior habían sido interrumpidos, apenas comenzaban a independizarse las ciencias sociales de la carrera de Derecho, y en general era notoria la profunda debilidad de las instituciones académicas.¹⁰ A más del escaso número de investigaciones sociales con algún rigor académico, el impacto de las instituciones universitarias sobre el cuerpo social era bastante limitado. Además de Gerardo Molina y Antonio García —ambos en el exilio— eran pocos los autores interesados en el socialismo o en los problemas nacionales desde una perspectiva socialista.

¹⁰Sobre la evolución de los estudios políticos y sus factores condicionantes ver el artículo de Francisco Leal “La profesionalización de los estudios políticos en Colombia” en *Análisis Político*, No. 3. Bogotá, pp. 49-62..

En medio de estas poco fértiles circunstancias, un ensayo sobre las ideas socialistas en Colombia a mediados del siglo XIX realizado por un investigador norteamericano resulta un caso aislado. *El espejismo socialista de la Nueva Granada*, de Robert Gilmore, publicado en inglés en 1957, pero que sólo será traducido al español a finales de los ochenta, constituye una sólida reflexión acerca de los referentes intelectuales de los liberales, de las acepciones del término socialismo y del temor que provocó la supuesta implantación del comunismo y el anarquismo en la Nueva Granada durante esos años agitados. Temor que alimentó el blindaje de la sociedad colombiana contra los cambios y el odio contra quienes impulsaran transformaciones sociales importantes y que será en adelante un rasgo permanente de nuestra historia.

Al momento de finalizar el gobierno de Rojas Pinilla el Partido Comunista se encontraba particularmente débil. La ilegalización lo había hecho virar hacia una mayor actividad en el campo, donde desarrolló importantes actividades, pero sindicatos como los ferroviarios y fluviales que habían llegado a constituir la espina dorsal del movimiento obrero perdieron su antigua importancia debido tanto a la represión como a la consolidación de un nuevo modelo de transporte en el país. Ante la posibilidad y la necesidad de dar continuidad a las luchas agrarias llevadas a cabo en muchos lugares del país cuando las guerrillas liberales cesaron sus acciones, entró tímidamente a dar apoyo a los grupos de autodefensa iniciados en sus antiguas zonas de influencia.

En 1957 el PCC comenzó a editar la revista *Documentos Políticos* —que tendrá una existencia de más de 25 años— en la que además de difundir los textos oficiales del movimiento comunista internacional comienzan a aparecer algunos estudios acerca de problemas colombianos como la estructura económica y social o el movimiento sindical elaborados por intelectuales como Anteo Quimbaya, Nicolás Buenaventura, Álvaro Delgado, Edgar Caicedo, o por los propios dirigentes de ese partido.

El florecimiento de mil corrientes

El crecimiento del aparato productivo, la intensificación del proceso de urbanización y la consecuente ampliación de la educación universitaria abrieron las puertas a nuevos sectores sociales que demandaron mayor participación política y posibilidades de consumo. Entre los sectores más dinámicos de esas nuevas capas sociales fue ganando crédito una percepción del sistema político como mera componenda oligárquica para distribuirse el poder. Esa forma de entender el Frente Nacional como una apropiación excluyente del Estado por parte de los sectores dominantes favoreció la

iniciación y enraizamiento de nuevos movimientos políticos como el MRL y la ANAPO, que aunque originados en los partidos tradicionales, exigieron la ampliación de los espacios y mecanismos de participación, logrando aglutinar un número considerable de simpatizantes. Muchos de ellos se encontraban entre los jóvenes, especialmente estudiantes, de las grandes ciudades y de las antiguas zonas de conflicto armado.

En los comienzos del Frente Nacional a los estudiantes se les había visto con cierta simpatía y condescendencia por su notoria presencia en el derrocamiento de Rojas Pinilla. Como recompensa les fueron toleradas sus travesuras políticas y su lenguaje provocador. Pero rápidamente, grupos numerosos de jóvenes cambiaron sus patrones de comportamiento, rechazando la tutela de sus padres y maestros; querían emanciparse de todas las tradiciones, ser los protagonistas de la nueva cultura y de la nueva política que consideraban imperativo construir. Iniciativas que se fueron tornando cada vez más desafectas a las élites y a los partidos tradicionales, reclamos cada vez menos relacionados con la educación o su especificidad profesional pretendían hablar en nombre del conjunto del pueblo, de la nación postergada. El marxismo aunque de manera precaria y esquemática, pero sobre todo el guevarismo-debraismo, se convirtieron en la primer arma de combate de extensos grupos de estudiantes.

El aliento joven de la revolución cubana sacudió la política en toda América Latina, alterando profundamente los supuestos de la izquierda y pareciendo demostrar la ilimitada potencialidad de la voluntad y el coraje. Como había sucedido con la revolución bolchevique y después se repetiría en varias oportunidades, la gesta del Movimiento 26 de Julio —y más específicamente de algunos líderes— fue elevada por muchos activistas a la categoría de paradigma estratégico. De la breve campaña militar de los revolucionarios cubanos se dedujo la enseñanza de que la toma del poder ya no constituía una experiencia exclusiva de países europeos o asiáticos, sino que era posible —incluso inminente— en la misma Latinoamérica aun con la inmediata presencia militar de Estados Unidos. También se dedujo que un grupo guerrillero estaba en capacidad de vencer a un ejército «burgués», siempre que contara con suficiente decisión y una firme dirección. Estas presuntas lecciones de la revolución cubana se convirtieron en verdades inamovibles que guiaron la acción política revolucionaria.

Con la revolución cubana, la guerra fría echó raíces en esta parte del mundo. Un conflicto que fue interpretado simultáneamente como lucha por la descolonización, la independencia nacional y el desarrollo económico, por un lado, y como combate contra la exótica y dañina expansión comunista, por el otro. La formación de grupos guerrilleros en América Latina —efímeros la

mayoría— fue respondida con la modificación de la organización, la logística y la ideología de los ejércitos latinoamericanos.

Quienes presentaron su lucha como el camino para superar el atraso y la pobreza consideraron que la opción más coherente con las necesidades populares era tomar las armas. Es más, plantearon que esa era la única opción. En consecuencia comenzaron a impulsar la creación de focos guerrilleros, pretendiendo con ello encender la llama revolucionaria desde el campo. De este esfuerzo los primeros frutos fueron diversos grupos armados como el Movimiento Obrero Estudiantil Campesino (MOEC), las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) o intentos como el de Tulio Bayer por implantar una guerrilla en el Vichada. Pero la radicalización de pequeños grupos de intelectuales de clase media y su paso eventual hacia el monte constataba, antes que un estado de ánimo popular proclive a la insurgencia armada, la imposibilidad de aglutinar y radicalizar al proletariado y a los sectores populares de las grandes ciudades.

Los nuevos grupos revolucionarios se vieron enfrentados en una agria disputa con el Partido Comunista, que había asumido la táctica de la «coexistencia pacífica» y la emulación entre sistemas promulgada por el PCUS. Los comunistas, que constataban a cada paso el rápido fracaso de los grupos foquistas en casi todos los países latinoamericanos, se alejaban de los nuevos grupos no solo por la cuestión de la vía hacia la toma del poder. También el postulado, desgajado igualmente de la experiencia cubana, de que no existía necesidad de constituir organizaciones políticas independientes del foco armado para la lucha revolucionaria, pues el ejército guerrillero era suficiente instrumento organizativo para la toma del poder, merecía el reproche de los comunistas. Cómo no entrar en contradicción con la pretensión de que el camino del poder ya no sería transitado bajo la hegemonía de la clase obrera, la conducción de los partidos comunistas y la ayuda táctica de la lucha electoral.

Pero no sólo los grupos que clamaban por una acción revolucionaria armada plantearon cuestionamientos al PCC. A la par con la rápida expansión del guevarismo había tenido lugar un proceso de introducción y asimilación de diversas corrientes de pensamiento radical y de ellas se nutrieron propuestas como la Organización Marxista Colombiana —denominada en un primer momento Partido de la Revolución Socialista—, donde participaron intelectuales como Estanislao Zuleta y Mario Arrubla quienes a través de la breve experiencia de la revista *Estrategia* y la publicación de algunos sólidos estudios sobre varios aspectos de la sociedad colombiana, lograron alguna presencia política. En el ensayo «Introducción a un debate sobre la política revolucionaria» (1963) Zuleta criticó tanto la posibilidad de una revolución pacífica preconizada por el PCC como la vía foquista que prescindía de vínculos orgánicos con la clase obrera, sector social al que consideraban el eje de las posibilidades

revolucionarias y articulador del análisis y de la política de la izquierda revolucionaria. Una clase obrera a la que se debían articular los intelectuales revolucionarios.

Muchos intelectuales habían ingresado también al PCC, contribuyendo a la realización de estudios sobre la estructura económica, los problemas agrarios o el sindicalismo. Pero ese Partido, que no había desarrollado ningún punto de vista propio cuando había tenido lugar la discusión sobre el stalinismo en el XX Congreso del PCUS, tampoco realizó un esfuerzo analítico cuando el movimiento comunista se enfrentó al cisma entre los comunistas chinos y soviéticos, prefiriendo, en una actitud usual, alinearse mansamente al lado de los soviéticos. A pesar de la inicial ignorancia del PCC, esta disputa colocaría a la izquierda de todo el mundo en frente de duras discusiones sobre sus tácticas, sobre la democracia interna, sobre sus relaciones con el comunismo soviético.

Pero cuando el PCC publicó en 1960 *Treinta años de lucha del Partido Comunista de Colombia* aún no se percibía la ruptura entre «pro-chinos» y «pro-soviéticos» —el libro incluso resalta prolijamente los postulados y derroteros del maoísmo—, ni tampoco todas las implicaciones de la revolución cubana. La reconstrucción de su propia historia y de los orígenes de los movimientos socialistas en Colombia, antes que destinada a una discusión académica, tenía como objeto servir de insumo en la dinámica política, dar coherencia a su proyecto político, afianzar una tradición común entre los militantes. El carácter pedagógico quedaba claro cuando afirmaban: «Los errores cometidos, tanto como los avances logrados, forman parte del patrimonio político indivisible del Partido Comunista y de las masas trabajadoras. El estudio de sus raíces, de las causas de todo orden que los hicieron posibles, tiene la mayor importancia educativa».¹¹

El estudio abarca el período comprendido entre 1903 y 1960. Aunque no se detiene mucho en la etapa anterior a la fundación del Partido Comunista, resulta interesante analizar su percepción sobre ella pues contiene los rasgos más sobresalientes de la interpretación comunista de la historia del socialismo en Colombia, aspectos que serán desarrollados posteriormente en otros trabajos.¹²

El objetivo de luchar por la revolución «agraria antiimperialista», considerada una de las necesidades prioritarias del país, rigió la política comunista durante

¹¹ Partido Comunista de Colombia. *Treinta años de lucha del partido Comunista*. Ediciones Los Comuneros. (Bogotá 1960). 5.

¹² *Historia del Partido Comunista* de Medófilo Medina, publicado en 1980, aunque escrito con nuevos criterios historiográficos y bajo distintas circunstancias políticas, da continuidad a los criterios con que el PCC juzga el período precedente a su fundación y a la forma como interpreta la historia del país.

este período determinando su interpretación de la historia de las luchas populares. Partiendo de ese supuesto sitúa la génesis del socialismo colombiano en las luchas contra la dominación extranjera, especialmente la norteamericana: las movilizaciones populares con motivo de la separación de Panamá y las protestas contra la administración del tranvía en Bogotá en la primera década del siglo XX. Los vínculos ideológicos y organizativos de los primeros socialistas con las tradiciones liberales quedan allí atenuados o se muestran como espurios, alejados de la auténtica norma de lo que debía ser un movimiento revolucionario. De ahí que concluyeran acerca del periodo inicial del socialismo colombiano, no sin congoja, cuan «lejos estuvo el socialismo revolucionario de ser un partido proletario organizado con las normas leninistas de centralismo democrático».

Los minuciosos criterios que la desaparecida Internacional Comunista había considerado imprescindibles para admitir en su seno a un partido comunista sirvieron para juzgar el socialismo anterior a 1930. La IC empujaba hacia una homogénea composición obrera, una sólida y permanente estructura jerárquica, una incondicional filiación con el partido soviético, una doctrina claramente colectivista y antiburguesa, rasgos que no eran característicos precisamente de los movimientos socialistas anteriores al 17 de julio de 1930. Al contrario, según la versión del PCC, el socialismo revolucionario había carecido de «orientación ideológica consecuente y de organización estructurada sobre nuevas y efectivas bases. Era una confusa mezcla de reivindicaciones socialistas y liberal burguesas, sobre las cuales predominó desde 1928 la tendencia llamada “putchista” [...] lejos estuvo el socialismo revolucionario de ser un partido proletario organizado con las normas leninistas de centralismo democrático».¹³ En síntesis, según el PCC, el socialismo de los años veinte no fue más que un ensayo, una preparación del «auténtico» socialismo que vendría después.

Pero tanto las nuevas fuerzas de la política revolucionaria como las inéditas realidades económicas, culturales y políticas que gravitaban sobre el país y el mundo enriquecían y complejizaban a la izquierda latinoamericana, y sus ecos, aunque muy tenues al principio, irán aumentando y terminarán por ganar una órbita propia. Foquistas, maoístas, trotskistas y toda una serie de nuevas tendencias políticas avivaron la circulación de ideas y emociones, estimulando la participación, sobre todo de los universitarios. Apenas se habían consolidado los rasgos burgueses de nuestra sociedad y parecía como si fuera inminente su replazo por un proyecto muy superior.

¹³Partido Comunista de Colombia. 14-15. El conjunto de las críticas hechas al PSR fueron formuladas ya en 1929 por la Internacional Comunista en la Conferencia Comunista Latinoamericana de Buenos Aires y en diversos documentos de la época.

La placidez discursiva reinante en las décadas anteriores había sido rota y la agitada discusión política alcanzó un vigor que, aunque no se correspondía con las posibilidades de movilización social, delataba la influencia política de nuevos sectores sociales. La disputa teórica requería de sus propias herramientas: periódicos, revistas, foros, cursos. Se produjeron entonces estudios del pasado que buscaban reafirmar la importancia de un movimiento, fundamentar una disidencia o solidificar una vía inédita de construcción política. Los grupos que comenzaron a formarse propusieron nuevos esquemas para entender la sociedad colombiana, postularon caminos distintos a los ya ensayados para la lucha política, acudieron a nuevas teorías o recrearon las antiguas para sustentar su ideario. El marxismo había superado su primitiva adaptación a partir de los limitados manuales soviéticos y echaba mano de nuevas fuentes y nuevos intérpretes.

La universidad fue uno de los principales escenarios de este proceso de discusión política. A medida que los años sesenta fueron pasando, surgió y se consolidó un sector de intelectuales ligados a los proyectos socialistas, a los nacientes agrupamientos de izquierda, que se dedicaron a introducir las nuevas ideas que circulaban en la Europa de posguerra, a pensar las particularidades históricas del país, a reconstruir la historia de las luchas populares y de los líderes de izquierda, pero especialmente a reflexionar sobre los caminos conducentes a la revolución y al socialismo en nuestro país. Pero el intelectual revolucionario, cuyo arquetipo era el académico devenido guerrillero, convivió con otro tipo de intelectual, que apuntaba a fortalecer las instituciones políticas, ampliar las posibilidades de reformar el sistema político y modernizar la economía de manera que se pudieran prevenir los brotes revolucionarios. Los discursos políticos de Camilo Torres, pero más claramente los trabajos de muchos otros investigadores como Estanislao Zuleta, Francisco Posada u Orlando Fals Borda, se orientaron en el primer sentido. En la segunda perspectiva podrían ubicarse trabajos como los de Miguel Urrutia: *Historia del sindicalismo en Colombia* (1969).

El itinerario intelectual y político de Fals Borda —en muchos puntos parecido al de Camilo Torres— es ilustrativo de lo sucedido a la intelectualidad colombiana en la etapa posterior a la revolución cubana. De una actitud y un perfil más bien académico, crítico, pero ligado a visiones modernizadoras, desarrollistas, pasó rápidamente a un alineamiento muy claro con las opciones revolucionarias, para avanzar luego, al paso de la crisis de la izquierda, a posiciones que aunque fuertemente críticas del Establecimiento, tampoco serían complacientes con las propuestas socialistas y se orientarían a la reinención de una tercera opción política y a trabajos académicos menos beligerantes. Un itinerario que bien puede observarse en sus textos con mayor

énfasis político: *La violencia en Colombia* (1962), —obra realizada junto con Germán Guzmán y Umaña Luna—, *La subversión en Colombia* (1966), *Ciencia propia y colonialismo intelectual* (1970), *Terceras fuerzas triunfantes en Colombia* (1989). Incluso en los momentos de mayor radicalidad, en la opción revolucionaria de Fals Borda se destaca, dada la singularidad de cada país, la necesidad de encontrar un camino propio para las transformaciones sociales en Colombia, por momentos adscribiéndose a los esquemas foquistas, y en todo momento esforzándose por ajustar el proyecto político a los más profundos rasgos de la nacionalidad.

En *La subversión en Colombia* Fals Borda desarrolló en forma sistemática sus reflexiones acerca de las fuerzas del cambio en la sociedad colombiana y los posibles caminos de esa transformación, y aunque examinó con cierto detenimiento el socialismo de los veinte, su objetivo central fue realizar un análisis de los líderes y factores sociales que han determinado los grandes cambios en nuestro país desde los albores de la nacionalidad. En su dialéctica del cambio social los momentos de estabilidad son sacudidos por los desarrollos económicos y encauzados por la iniciativa de unos líderes subvertores.

Fals, que asume sin cortapisas la finalidad de los hechos sociales —la «telesis social»— se colocó como objetivo ayudar a despojar el concepto «subversión» de las ambigüedades y las connotaciones negativas que lo asocian a caos y violencia. En un sentido práctico buscaba contribuir a «hacer bien la subversión»,¹⁴ impulsando la emergencia de una contraélite que liderara los procesos de cambio contra el orden social existente. Uno de los momentos en que esas contraélites habían tenido ocasión de actuar exitosamente en la historia colombiana fue precisamente en los años veinte, cuando los cambios tecnológicos y económicos introducidos en la sociedad colombiana colocaron las condiciones para que aparecieran los núcleos subversivos. Eso se plasmó con la aparición de Los Nuevos, quienes junto con el grupo formado en torno al emigrado ruso Silvestre Savitski constituyeron la antiélite de la época. Pero ni siquiera como trasfondo esos agentes del cambio social estuvieron acompañados por los dirigentes y organizaciones socialistas:

la antiélite socialista como activo catalizador de actitudes instrumentales, sembró su semilla ideológica en el momento preciso en que el orden burgués llegaba al punto crítico: crecía la población, se diferenciaba la población por el desarrollo tecnológico, se perfilaban los conflictos de clase en la ciudad, y se hacían más visibles las incongruencias valorativas y normativas de la sociedad. Como tal, los disórrganos hicieron un efectivo trabajo de zapa, que

¹⁴ Orlando Fals Borda. *La subversión en Colombia*. Ediciones Tercer Mundo (Bogotá 1966). XVI.

dió fruto seis años más tarde en la caída del partido conservador y en la iniciación de la “revolución en marcha” del resucitado partido liberal.¹⁵

Pero ese mismo liberalismo y especialmente López Pumarejo asimiló a esa contraélite del «Café Windsor», neutralizando las posibilidades de cambio social, afirma Fals Borda.

Muy distintas fueron la intencionalidad política y las bases discursivas de Miguel Urrutia. En su estudio *Historia del sindicalismo en Colombia* planteó que el sindicalismo debe permanecer apartado de la política, circunscribiéndose a las peticiones de orden gremial, y que las movilizaciones del proletariado sólo son válidas, útiles y «auténticas» cuando en ellas no participan agentes externos pretendiendo introducir reclamos políticos. Es más, cuando en el impulso de las protestas toman parte grupos de intelectuales o líderes socialistas, como, según Urrutia, sucedió en marzo de 1919 cuando los trabajadores bogotanos rechazaron un proyecto del gobierno de Suárez, terminan realizándose acciones irresponsables, demagógicas, nocivas para los intereses de los obreros.¹⁶

Un elemento metodológico central de *Historia del sindicalismo en Colombia* es la relación que establece entre las protestas obreras y factores económicos como el índice de precios y el desempleo. Con base en ella concluyó que las huelgas victoriosas antes de la República Liberal dependieron de la calificación profesional de los trabajadores en conflicto; a mayor calificación profesional mayor posibilidad de triunfar recurriendo solo a medios de protesta de orden laboral, y por lo tanto menor necesidad de adoptar la violencia como mecanismo de presión. «En resumen, es claro que en los primeros años del desarrollo del movimiento obrero colombiano existió una correlación positiva entre crecimiento sindical y prosperidad económica. Aún más, la militancia y las huelgas sindicales estuvieron relacionadas estrecha y positivamente con aumentos en el costo de la vida. La falta de huelgas entre 1921 y 1924, un periodo de estancamiento económico, confirma esta regla.»¹⁷ Este enfoque económico de la investigación que es meritorio y útil se convierte por momentos en una limitación, pues al hacer depender casi exclusivamente los problemas políticos de variables económicas resultan ininteligibles algunos problemas, mientras que algunas conclusiones resultan obvias. La reducción de las huelgas entre

¹⁵ Fals Borda. 169.

¹⁶ «Los socialistas de la Gaceta, claro está, ignoraron la derogación del decreto, pues tenían necesidad de una excusa para hacer un despliegue de fuerza. Cuando el domingo llegaron al palacio presidencial más de 3.000 trabajadores y estudiantes, con una irresponsabilidad característica los oradores actuaron como si el decreto todavía estuviera vigente. [...] Pero la verdad es que los líderes socialistas tuvieron mucha de la culpa de la matanza. Sacrificaron 7 vidas sin razón alguna». Miguel Urrutia. *Historia del sindicalismo en Colombia*, pp. 93-95.

¹⁷ Miguel Urrutia *Historia del sindicalismo en Colombia*. 121.

1921 y 1924, puede ser atribuida simplemente al estancamiento económico? Para nada influye el cambio de gobierno de Suárez a Ospina y las diversas expectativas que estos políticos generaban entre los trabajadores y los líderes políticos populares? Ni la crisis del liberalismo, que contaba con gran ascendencia entre los dirigentes obreros? No debería ser tan sencillo concluir que es solo uno y no otros los factores que conducen a una determinada situación social.

Torres Giraldo: una ambigua retrospectiva

Un caso atípico entre los intelectuales de izquierda es el de Ignacio Torres Giraldo, quien, desvinculado de las discusiones académicas, realizó una importante obra de investigación social. Su condición de náufrago del primer socialismo y su posterior relación, tormentosa y ambigua, con el Partido Comunista, constituyen componentes esenciales de la obra y revelan la forma como se interpretaron mutuamente los antiguos líderes socialistas y los nuevos dirigentes comunistas.

Después de su notoria participación en el PSR, Torres Giraldo había viajado a la Unión Soviética, retornando al país para ser por poco tiempo secretario general del PCC, y luego ser definitivamente marginado de los cargos de dirección. Una relación sostenida bajo los contradictorios signos del asentimiento y la distancia crítica. En *Los inconformes...* reconoció que había asistido la razón a la IC y a los dirigentes del PCC en sus duras críticas al socialismo revolucionario, pero consideró que esos juicios desmedidos habían enturbiado las ejecutorias de sus compañeros del PSR y no hacían justicia a una labor meritoria.

En el ocaso de su vida y prácticamente retirado de la actividad política publicó su extensa obra *Los inconformes. Historia de la rebeldía de las masas en Colombia*,¹⁸ trabajo de historia desde abajo pionero en Colombia, en el cual, en cambio de una historia tradicional de héroes inmaculados buscó reconocer la intervención de los sectores populares. Allí postuló que

la historia no consiste únicamente en narrar los sucesos con más o menos resplandores de su propia vida. La historia es mucho más que los hechos en sí, es más que los factores también en sí, que hacen posible los hechos, es decir, más que objetividad es también esencia subjetiva. Para proyectar la historia como realidad se requiere el conocimiento de las leyes del movimiento y de la naturaleza de las fuerzas que la constituyen; se requiere el conocimiento de

¹⁸ Según cuenta en el *Anecdotario* (p. 140) terminó de escribir esta obra en 1954. Sin embargo sólo fue publicada íntegramente (los cinco tomos) hasta 1972. En 1967 apenas se publicó el primer tomo.

los cauces sobre los cuales opera el desarrollo histórico de la sociedad, esto es, el conocimiento de la dinámica social que impulsa el progreso de los agregados humanos.¹⁹

Torres Giraldo se esforzó por ser fiel a la historiografía marxista oficial, de manera que la política aparece en *Los inconformes...* como un resultado directo e inmediato de la lucha de clases y las acciones revolucionarias como fruto del grado de madurez de la clase obrera, la cual, como en la idea de Marx, es el motor y destino último de la historia. Eso sí, en una versión modificada por el leninismo según la cual la clase obrera se expresa a través del partido comunista, su vanguardia.

En su interpretación del Partido Socialista de 1919 parece haberse interesado más en demostrar la distancia de éste con un «verdadero» partido leninista, en enfatizar la bastardía de los representantes a los eventos obreros y en convencer sobre la rápida y decisiva influencia de la revolución rusa en las luchas obreras, antes que en entender el proceso de construcción de ese partido, las fuerzas sociales que intervinieron, sus propias motivaciones.

Además de *Los inconformes...* Torres Giraldo escribió otros trabajos, como *La repercusión de Octubre en las luchas de Colombia* (1967) y *María Cano, mujer rebelde* (1972), en los que enfatizó y reelaboró algunos aspectos particulares de su obra mayor.²⁰ El breve ensayo *La repercusión de Octubre...* es un recuento de las actividades socialistas desde comienzos del siglo XX y una profesión de fe hacia la revolución bolchevique. Por su parte la biografía de María Cano, aunque al momento de su publicación apenas había aparecido el primer tomo de *Los inconformes...*, es en líneas generales una reafirmación de lo dicho en ese libro, aunque en algunos apartes introduce nuevos datos. Allí vindicó a la Flor del Trabajo y a los dirigentes del PSR y llamó la atención sobre el carácter agitacional de su actividad política y la rapidez con que María Cano había logrado captar la atención de los sectores populares en todos los lugares donde concurrió a dictar charlas o a arengar.

La obra de Torres Giraldo ha tenido una enorme influencia en la imagen que se ha construido de las luchas populares durante las primeras décadas del siglo XX. Ello se debe sin duda a las muchas virtudes de su investigación, que

¹⁹ Ignacio Torres Giraldo. *Los inconformes. Historia de la rebeldía de las masas en Colombia*. Luis Martel Editor. (Medellín 1967) T. 1, p. 3-4.

²⁰ Además de estos textos y de innumerables artículos periodísticos, Torres Giraldo escribió *Síntesis de historia política de Colombia*, publicado en 1972, *Huelga general en Medellín* (1976), *La cuestión sindical en Colombia* (1946). Igualmente escribió un *Anecdotario* a mediados de los años sesenta y *50 meses en Moscú* a finales de los treinta, pero ninguno de los dos ha sido publicado.

significó una innovación en los métodos de hacer historia en nuestro país, y constituye uno de los primeros esfuerzos por analizar sectores sociales no tradicionales, enfoque que luego se ampliará y fructificará en estudios sobre el campesinado, los obreros o los artesanos. Su estudio de historia social hizo uso de una abundante documentación de primera mano, intentó aplicar una serie de categorías socioeconómicas, destacó la participación de sectores sociales hasta ese momento ignorados en la construcción de la nación. Pero esas virtudes han convertido su obra en una limitación para muchos investigadores que, excusados en la exhaustividad con que trató algunos hechos y el carácter de protagonista de esa época, han echado mano de esos materiales y han seguido repitiendo muchos de sus datos y conclusiones sin controvertirlos, sin someterlos a prueba, sin enriquecerlos.

Aclimatación del marxismo

A finales de los sesenta la mayoría de los grupos guerrilleros surgidos en toda América Latina habían sido derrotados por las nuevas tácticas contrainsurgentes, por su propia impericia y por su aislamiento social. En nuestro país, tanto el ELN como el EPL acusaban agotamiento, habían tenido duras disputas internas y recibían fuertes golpes militares, mientras que las FARC apenas era un desconocido movimiento regional. Al comenzar la siguiente década se abrió una etapa de vigorosas movilizaciones sociales: las tomas de tierras de la ANUC se multiplicaron, el sindicalismo estatal se consolidó, se notó un reverdecer de los grupos universitarios. Simultáneamente se consolidaban —aunque en forma efímera— nuevas organizaciones políticas bajo el influjo de corrientes políticas maoístas y trotskistas, que aportaron intrincadas polémicas pero también nuevos temas y métodos de hacer política.

En esta situación no era fácil trazar los límites entre academia y política, no se le quería trazar límites, pero se coincidió en la necesidad de estimular el protagonismo de nuevas fuerzas sociales para que intervinieran en los procesos de cambio. Un vasto sector de intelectuales revolucionarios había alcanzado su plenitud creadora y vinculó sus expectativas profesionales a los múltiples movimientos políticos de izquierda y a la creciente movilización de las organizaciones populares. Participaron en la creación de importantes experiencias editoriales como las revistas *Alternativa*, *Estudios Marxistas*, *El Manifiesto*, *Uno en Dos*, *Teoría y Práctica* o *Ideología y Sociedad*. Su influencia no se agotó, sin embargo, en el campo periodístico o la ensayística, sino que también desde la pintura, el teatro o la música contribuyeron a forjar una perspectiva política crítica y una renovada sensibilidad estética y social.

Se discutió sobre marxismo hasta los límites del agotamiento, como si fuera

más importante ser marxista que revolucionario, o mejor, considerando que quien no pudiera acreditar la licencia de marxista no podría aspirar al título de revolucionario. Nunca como entonces tuvo lugar un flujo tan considerable de influencias políticas desde lo urbano hacia lo rural, que incluso fue una de las causas para que el movimiento campesino pasara tan rápidamente de su génesis a un momento de gran dinamismo para terminar en una no menos intempestiva abulia; la obra de los grupos socialistas se hizo a costa de saturar a los líderes agrarios con discursos doctrinarios que muchas veces no tomaban en cuenta las posibilidades concretas de acción política. También se desarrollaron intercambios intelectuales muy fluidos con corrientes socialistas de todo el mundo; se tradujeron artículos de revistas, se recibieron y enviaron boletines y periódicos desde y hacia Europa, Estados Unidos y el resto de América Latina. La pluralidad de posiciones en que se debatió la izquierda fue, más que compleja, caótica.

Pero a pesar de la relevancia de los intelectuales dentro de las organizaciones de izquierda, esta no dejó de mantener una relación de sospecha, de distancia con ellos. Algunos grupos incluso despreciaban el trabajo intelectual en beneficio de un pragmatismo basado en la certidumbre de que las líneas generales del proyecto socialista ya habían sido trazadas por los «maestros del proletariado». Considerando los sujetos de la acción política en primer lugar a los obreros o los campesinos o los sectores populares en general mostraron cierta proclividad a calificar de espuria o nociva, la intervención de los intelectuales —sobre todo si ella era relevante— en el devenir de los grupos políticos. Una paradoja atizada en primer lugar por la misma intelectualidad: dirigentes políticos y cuadros académicos se esforzaban en renegar de su origen social y de su formación profesional.

Si las grandes movilizaciones sociales estimularon el estudio de los movimientos y organizaciones populares, la historia de la izquierda y específicamente la experiencia de los años veinte se vio enriquecida, de una parte, por trabajos académicos no ligados explícitamente a una filiación política, pero sensibles a sus problemáticas y discusiones, como la investigación de Gonzalo Sánchez, y de otro lado por algunas reflexiones sobre la izquierda provenientes de intelectuales que hablan desde su militancia.

En esta segunda perspectiva se pueden ubicar los textos de los múltiples grupos m-ls y maoístas que a mediados de los setenta se hallaban enfrascados en la tarea de hacer un balance y encontrar un camino en medio de acaloradas discusiones y fuertes tendencias a la fragmentación. Había sido puesto en entredicho el carácter de guía del Partido Comunista Chino al cual se acusaba de aliarse con el imperialismo norteamericano y de abandonar sus principios

revolucionarios, tras lo cual algunos grupos de este sector optaron por acatar el liderazgo de Enver Hoxha y el Partido del Trabajo de Albania.

A estas disyuntivas se enfrentó el libro *¿De dónde venimos, hacia donde vamos, hacia dónde debemos ir?* (1975) del grupo maoísta Proletarización, que tiene entre sus méritos ser uno de los pocos textos sistemáticos que se ha escrito sobre la izquierda colombiana. Ese esfuerzo y la circunstancia de hacer gala de abundante material documental le confieren su principal interés. Pero ese material de periódicos, panfletos y manifiestos de los grupos de izquierda es utilizado para ilustrar sus propias argumentaciones antes que para ayudar a comprender la historia de la izquierda:

El estudio realizado nos llevó a consultar algunos documentos de las diferentes organizaciones que se han proclamado revolucionarias, [...] para lanzar un juicio sobre una organización citamos el pasaje pertinente; lo analizamos si es o no correcto, ubicándolo, claro está, dentro del momento de la lucha de clases en que es planteado.²¹

Proletarización convoca en este texto a superar simultáneamente tanto el izquierdismo centrado en la lucha armada de grupos vanguardistas sin anclaje en «las masas», como el derechismo que renuncia a la lucha armada, concilia con la burguesía y hace economicismo sindical. La unificación de los grupos m-ls debía basarse entonces en la aceptación común de una estrategia conducente a avanzar en la «revolución democrático burguesa de nuevo tipo, de nueva democracia, encaminada a crearle las bases y abrirle las puertas al socialismo.»²²

En su obsesiva lucha contra «el revisionismo» —«el enemigo principal»,²³ por la correcta aplicación del marxismo-leninismo comparten sin embargo con el «revisionista» Partido Comunista de Colombia una serie de rasgos como su teleologismo histórico y su concepción etapista de la revolución.

El recuento histórico del movimiento revolucionario trazado en *De dónde venimos...*, pasa en forma breve por el periodo comprendido entre 1903 y 1935. Allí aceptan el punto de partida y buena parte de la caracterización que sobre ese socialismo presenta el PCC en *Treinta años de lucha...* Proletarización considera que los socialistas pese «a sus simpatías hacia la recién nacida revolución rusa y al marxismo, no lograron asimilar esa experiencia y esta ciencia.»²⁴, sin embargo cuestionan a quienes solo ven «el izquierdismo del

²¹ Proletarización. *¿De dónde venimos, hacia donde vamos, hacia donde debemos ir?* Editorial 8 de junio. (Medellín 1975) 8-9.

²² Proletarización. 573.

²³ Proletarización. 559.

²⁴ Proletarización. 32.

Partido Socialista Revolucionario, sin alcanzar a ver (¿o no poder hacerlo?) el avance en cuanto a la necesidad de la lucha armada».²⁵

Ulises Casas en *Origen y desarrollo del movimiento revolucionario colombiano* (1980) utilizó igualmente las premisas maoístas en su reconstrucción histórica. Este autor considera que lo «que hará que una Organización Revolucionaria vaya adelante y obtenga el triunfo es el interés de clase que represente, la línea política correcta que a ese interés de clase le dé y el carácter social de sus componentes o militantes».²⁶ Pero el movimiento revolucionario en toda su historia no había sido capaz de aplicar la «línea política correcta» pues la variada gama de tendencias no había sido superada por un movimiento que adoptara un análisis de tipo «materialista, objetivo y científico». El hecho de que tampoco los militantes socialistas de los veinte hubieran sido verdaderos obreros le restaba consistencia revolucionaria a esos grupos. Casas entonces deplora la historia de ese socialismo pues los dirigentes de esas experiencias con frecuencia no eran representativos de la clase obrera:

La situación social, una vez se radicaliza va siendo dirigida por personajes que no representan al proletariado como clase y el conflicto, cuya esencia es la contradicción de intereses entre el capital y el trabajo, pero que abarca también sectores más amplios, llega a ser conducido por aquellos que no tienen contradicción alguna en el fondo con la clase dominante.²⁷

A pesar de esas enormes carencias, termina mostrando cierta conmiseración, concediendo cierta indulgencia a ese socialismo temprano, pues al fin y al cabo, la historia no le había permitido mejores posibilidades de desarrollo.

Si los trabajos de Proletarización y Ulises Casas tenían un dejo de reproche hacia el socialismo de los veinte porque le faltó ser «consecuente», Gonzalo Sánchez en *Los bolcheviques del Líbano* (1976) quiso reevaluar la «ignorancia, el desinterés o el menosprecio» existente frente al movimiento insurreccional de Julio de 1929. Acción a la que cataloga como de mayor radicalidad que otras notables revueltas de la época. Según G. Sánchez el hecho de que los sublevados hubieran escogido como modelo la Revolución de Octubre mostraba «que el movimiento, a pesar de su localizado carácter, iba más allá incluso de los declarados propósitos de la expresión más avanzada de lucha campesina en el Continente, hasta ese momento: la Revolución Mexicana».²⁸

²⁵ Proletarización. 25.

²⁶ Ulises Casas. *Origen y desarrollo del movimiento revolucionario colombiano*. (Bogotá 1980) 6.

²⁷ Casas, U. 29-30.

²⁸ Gonzalo Sánchez. "Los bolcheviques del Líbano" En *Ensayos de historia social y política del siglo xx*. El Ancora Editores (Bogotá 1985). 14.

En la revuelta de *Los bolcheviques...* resalta su carácter radical, no reformista, su pretensión de «tomar el poder, por la vía armada, con un programa de expropiación y redistribución no sólo de la tierra sino de toda la propiedad privada.»²⁹ Y aunque no es fácilmente verificable que el PSR pretendiera «redistribuir toda la propiedad privada», es indudable la importancia de su trabajo investigativo. Del intento por comprender una revuelta regional resultó un ensayo novedoso en el que resalta una rica metodología capaz de poner en juego y sistematizar una serie de factores políticos y económicos. Un conjunto sugestivo de fuentes, algunas inéditas, da vida a un análisis en el que el «movimiento es el resultado de un complejo entrelazamiento de factores nacionales y locales que se refuerzan mutuamente.»³⁰ Ese tejido de factores que explican la insurrección resulta sólido en su mayor parte. Sin embargo cuando entra a caracterizar la situación del PSR no queda clara la relación existente entre la dirección nacional y los activistas locales, ni resultan convincentes las razones por las cuales el PSR había diseñado toda la estrategia insurreccional y por las cuales fracasó.

Los bolcheviques... señala cómo en 1929 el PSR optó por la insurrección armada ante la amenaza de quedar aislados y perder el control de las grandes movilizaciones populares que se preveía continuarían después de la masacre de Las Bananeras. Esa era la percepción no sólo de los dirigentes del PSR sino también de la Internacional Comunista y de no pocos políticos colombianos. Con la esperanza de poder generar una movilización rápida y masiva se esperaba el momento indicado para iniciar el levantamiento. Pero su fracaso expresaría, más que errores tácticos, el ocaso de un periodo de grandes movilizaciones sociales que se había iniciado tres años atrás. A mediados de 1929 el PSR se hallaba ya en franca declinación, o para ser exactos, prácticamente disuelto. Aunque gozaba de prestigio tras la masacre de las bananeras y la ardorosa lucha contra la represión gubernamental, las estructuras organizativas se hallaban disueltas, los líderes estaban presos o en el extranjero, la capacidad de movilización social era casi inexistente, y lo peor, tenía lugar una clara división a su interior, manifiesta, entre otras cosas, en la existencia de dos erráticas directivas.

Careciendo de un programa claro, de una organización preparada y ubicada en los lugares estratégicos, de los más imprescindibles recursos logísticos, la insurrección no podía ser más que una intención. A menos que acudieran en su auxilio los viejos guerreros radicales del liberalismo. Ese parecía ser el desenlace. Pero la «actitud vacilante —y tal vez habría que decir traidora— de

²⁹ Sánchez, G. 14.

³⁰ Sánchez, G. 15.

la izquierda liberal»³¹ causó el aplazamiento de la revuelta. Y es que según Sánchez en la historia política del país es continuo el intento de una tendencia liberal-reformista por «apropiarse de los frutos de las luchas que han librado las masas bajo la conducción de líderes, grupos o partidos de izquierda revolucionaria.»³²

¿En cambio de esa visión complotista podría considerarse la alianza de los socialistas con los generales liberales y la elección por parte del PSR de una revuelta armada como medio para alcanzar el control del gobierno además de un acuerdo de mutua conveniencia como, una forma natural de desarrollar unas afinidades preexistentes acerca de lo que entendían por revolución? ¿Las erróneas decisiones de los líderes socialistas para enfrentar los retos de su momento, junto con una serie de factores estructurales, y no simplemente la astucia de los contendores políticos, podrían ayudar a explicar mejor el ocaso del PSR?

En todo caso, esta investigación de Gonzalo Sánchez continúa siendo una de las más sugestivas, por las fuentes a las que recurre, por los problemas que plantea, por la metodología que desarrolla. Desafortunadamente, durante la segunda mitad de la década de los setenta, además de *Los bolcheviques* fueron escasas las investigaciones acerca del socialismo de los años veinte.

Alfredo Gómez y Klaus Meschkat, extranjeros que participaron marginalmente en los procesos políticos nacionales en los años 70, realizaron investigaciones sobre aspectos de la izquierda colombiana con una perspectiva crítica hacia su presente y una positiva valoración de los grupos socialistas de los años veinte.

Alfredo Gómez en *Anarquismo y anarcosindicalismo en América latina. Colombia, Brasil, Argentina, México* (1980) asumió explícitamente la intención de reconstruir la «verdadera historia» de esta corriente política, buscando otorgarle la importancia que según él, le habían pretendido escamotear:

Mientras la censura comienza a manifestarse en la omisión deliberada, el terrorismo lo hace en los breves párrafos que ciertos autores dignan acordar al periodo anarcosindicalista. En ellos se superponen la desfiguración de los acontecimientos, los esquemas reduccionistas, la burda tergiversación, nuevas y escandalosas omisiones. En una palabra, la falsificación de la historia.³³

Los problemas metodológicos del libro son inherentes a una historia militante. Los grupos anarquistas parecen existir en una burbuja, porque en

³¹ Sánchez, G. 77.

³² Sánchez, G. 71.

³³ Alfredo Gómez. *Anarquismo y anarcosindicalismo en América latina .Colombia, Brasil, Argentina, México*. Editorial Ruedo Ibérico (Madrid 1980). 6.

ningún momento se les ubica en relación con los demás grupos socialistas ni con la sociedad colombiana. De ahí surge una tendencia a sobrestimar la influencia de algunos líderes anarquistas y de la doctrina misma en el desarrollo de las luchas populares durante el período. Con frecuencia le adjudica a ciertas actividades de los grupos socialistas motivaciones o razonamientos de corte anarcosindicalista donde quizás no existió ningún discurso explícito que las sustentara. Cree que las características de la movilización y la protesta desarrolladas en los veinte obedecían al arraigo y la extensión de las ideas anarcosindicalistas, más que a las características geográficas, políticas, socioculturales, económicas del país y específicamente de los propios trabajadores.

El texto pretendía estudiar una corriente política pero terminó limitado a un aspecto de ella: sus ideas políticas. Aunque es más fácil contar con documentos para evaluar este aspecto, no hizo un esfuerzo por comprender las características de sus militantes, su estructura organizativa o su incidencia social. Pero el libro contiene ángulos novedosos de análisis como su implícito llamado de atención sobre las particularidades regionales de los grupos socialistas y en general de la política en Colombia; los flujos políticos no van únicamente de la capital hacia la provincia, sino que simultáneamente se cruzan ideas, liderazgos, actividades desde y hacia las regiones, una de las cuales apenas es Bogotá. Igualmente, a diferencia de otras lecturas que censuran y minimizan la utilización de la violencia por parte de los socialistas de los veinte, *Anarquismo y anarcosindicalismo en América latina...* intentó reevaluar el uso político de la violencia. Exaltó los actos de resistencia armada llevados a cabo por ejemplo durante la masacre de las bananeras, considerando que la confrontación directa es una forma propia de negociación de los trabajadores ante los patronos y el Estado en la que se cuestiona la legitimidad de este como árbitro de la lucha social.³⁴

Klaus Meschkat, por su parte, escribió algunos textos sobre la introducción del marxismo en el país y sobre el PSR. Su ensayo *La herencia perdida. Movimientos sociales y organización revolucionaria en la década de 1920: el caso del Partido Socialista Revolucionario de Colombia* (1983) contiene una breve descripción de los principales momentos de los grupos socialistas de los años veinte así como un análisis de sus características más notorias y del contexto nacional en el que actuaron.

La herencia perdida..., como muchos textos sobre el mismo tema, tiene una actitud restauradora; expresa una queja ante el olvido o la tergiversación sobre un movimiento que actuó en un período en el que «a juicio de la mayoría de

³⁴ Gómez, A . 101-102.

contemporáneos, estuvo dada [...] una situación revolucionaria, la posibilidad de que [...] se produjese una irrupción revolucionaria al estilo de la soviética de 1917».³⁵ Y aunque no aporta nuevos datos ni recurre a novedosas fuentes, contiene reflexiones sugestivas acerca de la pertinencia de estudiar el tema y las deficiencias de muchos de los trabajos realizados. Meschkat considera que la izquierda colombiana tiene en el socialismo de los veinte un punto de referencia insoslayable para su actuación presente. El éxito con que los líderes de entonces supieron poner en movimiento grandes grupos de pobladores urbanos y rurales, la forma como supieron conectar los reclamos obreros con los de otros sectores sociales, la heterogeneidad ideológica y la descentralización organizativa son resaltados en forma positiva. Pero para poder valorar toda la riqueza de las movilizaciones y los esfuerzos socialistas, los investigadores deberían realizar un esfuerzo encaminado a «desprenderse de esa mezcla dominante en la izquierda tradicional, de idealización retrospectiva de una etapa “heroica”, por una parte, y de engreida suficiencia por la otra», que les permite saber «de antemano, por qué los precursores estaban condenados al fracaso: todavía no comprendían el “Marxismo”, no sabían distinguir entre sindicato y partido, entre lucha económica y lucha política, no intuían la necesidad de un programa, ignoraban el principio del partido monolítico de vanguardia, desarrollado por Lenin.»³⁶

Meschkat insiste en la importancia que debería tener para la izquierda colombiana el estudio de la experiencia del PSR. Muchos de los problemas que tuvieron que enfrentar entonces los socialistas debían volverse a plantear, rechazando las infértiles respuestas ensayadas después de 1930.

Al finalizar los años setenta la izquierda tuvo que enfrentar un escenario social que guardaba no pocas similitudes con el final de los años veinte. Las movilizaciones sociales declinaron pues tuvieron que enfrentar tanto los atisbos neoliberales del gobierno de López Michelsen, como la violencia desatada por el gobierno de Turbay. La ANUC se había ido diluyendo, las centrales obreras fueron volviendo a su tradicional parsimonia y fragmentación, el movimiento estudiantil apenas se expresaba mediante esporádicas pedreas. Los innumerables grupos revolucionarios se dividieron, se fundieron, se dispersaron, se recriminaron mutuamente. Las publicaciones se redujeron drásticamente y con ellas el ardor polémico.

³⁵Klaus Meschkat. “La herencia perdida Movimientos sociales y organización revolucionaria en la década de 1920: El caso del partido Socialista revolucionario de Colombia” En: *El Marxismo en Colombia*. Univesidad Nacional. (Bogotá 1983). 147.

³⁶Meschkat, K. 146.

Mientras las organizaciones populares y la izquierda legal enfrentaban una fuerte represión estatal, los grupos guerrilleros se recomponían, consolidaban su preparación militar, avanzaban sobre nuevas regiones, realizaban estruendosas acciones: comenzaban a ser perceptibles para el país.

Intelectuales e izquierda: dos caminos

La declinación de las movilizaciones sociales de los setenta se entrelazó con un ciclo de represión estatal y de auge de los grupos guerrilleros.

Desde el Cono Sur las dictaduras habían venido desarrollando una sangrienta lucha frontal contra la izquierda y las organizaciones populares a la vez que se esforzaban por implantar el modelo neoliberal. Como una contracorriente, desde Centroamérica, se desató la revolución Sandinista dinamizando la lucha guerrillera en otros países del área, lo que a su vez provocó un incremento de la intervención norteamericana y estimuló la práctica masiva de técnicas ilegales de represión.

Los renovados ímpetus revolucionarios desencadenados por el sandinismo fueron absorbidos por una izquierda en retirada de los movimientos legales de masas debido a la represión y a la crisis de parte importante de los grupos socialistas que habían contribuido a ese auge de la movilización popular. La sistemática represión del gobierno Turbay en contra de líderes políticos, intelectuales, dirigentes y organizaciones populares, real o presuntamente vinculados a las guerrillas reforzó entre la izquierda la creencia de que el uso de la represión en esa magnitud era el único instrumento que le quedaba al Estado para detener la activa movilización social orientada hacia la toma del poder. Aceptar la inviabilidad de las opciones pacíficas de tránsito al socialismo implicaba reducir la importancia de las organizaciones populares en sus respectivas estrategias. Por ello si en los setenta los grupos socialistas habían considerado centrales la organización y la movilización popular, ahora, bajo las enseñanzas de la revolución sandinista, esas organizaciones populares conservaron su centralidad solo en consideración a su posibilidad de servir como fuerza de choque preparatoria para la aparición de la fuerza militar guerrillera, la verdaderamente decisiva en la toma del poder y en su ejercicio.

Uno de los grupos más directamente influenciados por la revolución sandinista fue el M-19, quien supo captar el desencanto de los sectores medios urbanos y simbolizar la lucha contra la represión militar como víctima y como denunciante. Mucha de su notable capacidad de atracción radicó en la novedosa actitud de buscar caminos políticos más afines con la idiosincrasia colombiana, en su desprecio por las rígidas exigencias doctrinarias y las inflexibles formas organizativas de la izquierda tradicional. Su discurso, que enfatizaba antes que

una revolución socialista la ampliación de la democracia liberal, así como su composición social, de tipo urbano, a diferencia de las otras guerrillas, alcanzó a expresar importantes sectores bajos y medios de las zonas urbanas insatisfechos con el Frente Nacional pero poco esperanzados en las posibilidades de la izquierda para impulsar cambios importantes en el país.

Mientras que el M-19 contó con un notorio reconocimiento público, a pesar de los duros golpes militares recibidos, los demás grupos guerrilleros lograron avances militares importantes aunque siguieron siendo bastante desconocidos por fuera de sus áreas de operación y de los militantes de izquierda.

El reagrupamiento y expansión que los grupos guerrilleros habían venido teniendo desde finales de los setenta se aceleró con los procesos de negociación durante el gobierno de Betancur. El entusiasmo que provocó el proceso de paz estuvo acompañado de grandes movilizaciones sociales, de las que no fueron ajenos los «frentes de masas» formados a mediados de los ochenta. “La Unión Patriótica”, “el Frente Popular” y más tarde “A Luchar” lograron atraer e impulsar una notable dinámica reivindicativa de pobladores urbanos y campesinos. Parecía cumplirse una de las principales premisas para la culminación de una revolución según se desprendía del modelo sandinista: la centralización de los grupos sociales en sólidos frentes gremiales. Se constituyó la Central Unitaria de Trabajadores, la organización gremial de los estudiantes, la Coordinadora de Movimientos Cívicos. Incluso personajes importantes de la izquierda llegaron a hablar de la existencia de una «situación pre-revolucionaria». Pero así como crecía la movilización popular se desataba la guerra sucia y se hacían más cotidianas las masacres y los asesinatos selectivos contra comunidades y líderes populares.

A esa dinámica movilización social no fueron extraños los muy diversos grupos por fuera de la izquierda «radical», que aunque mucho menos notorios, conservaban su dinámica propia y algunas posibilidades de influencia social.

La multitud de nuevos grupos de izquierda,³⁷ que con mayor o menor éxito habían desplegado actividades durante los setenta habían perdido su gran vitalidad mostrada hasta hacía poco tiempo dentro de diversos movimientos sociales que contribuyeron a dinamizar. Sus militantes, sus espacios sociales y su influencia intelectual se habían reducido drásticamente. La izquierda con más larga tradición y con más fuertes vínculos internacionales había sobrevivido al pulso; todo parecía haber vuelto a sus cauces.

³⁷ En 1977 el Partido Comunista manifestó, alarmado, que existían en el país «catorce agrupaciones de orientación maoísta y siete de inspiración trotskista.» Álvaro Oviedo. “Maoísmo y trotskismo en Colombia”. En: *Documentos Políticos* N° 13, p. 69.

De los grupos «socialistas», como la Unión Revolucionaria Socialista (URS), el Bloque Socialista o Espartaco —que a pesar de sus particularidades, constituyeron un sector político «heterodoxo» con ciertas afinidades doctrinarias como la recuperación de pensadores como Trotsky o Rosa Luxemburgo y su énfasis en la importancia de la organización y la movilización social— había quedado además de un legado de experiencias políticas, de novedosos caminos explorados, algunas redes sociales. Igual sucedió con grupos como “Firmes” que continuaron teniendo alguna presencia regional. A pesar de su heterogeneidad, a medida que pasaron los años ochenta fue arraigando la sospecha común, cuando no la certeza, en estos frágiles y dispersos grupos, de la infertilidad de la lucha armada como medio para alcanzar el poder así como la desconfianza hacia la pertinencia del programa comunista para las circunstancias colombianas.

A medida que la perestroika permitió ver la calamitosa situación del socialismo soviético se fueron diversificando las voces de quienes planteaban a la izquierda colombiana la necesidad de buscar nuevas formas de acción política ante su progresiva militarización y pérdida de arraigo social. Se le cuestionaba también su manejo utilitarista de los movimientos sociales, ante lo cual ganó aceptación en ciertos sectores una concepción de los movimientos sociales como la forma moderna, democrática, pacífica y no corrupta de hacer política, por oposición a los partidos políticos. Por ello vieron con optimismo la aparición y protagonismo de organizaciones agrarias, de las negritudes, de los pobladores a los cuales creyeron capaces de avanzar hacia un proceso de consolidación local /regional y de unidad nacional, a pesar de la agudización de la represión estatal. Bajo estos augurios se alcanzaron a desarrollar importantes núcleos políticos regionales conformados por organizaciones sociales como Inconformes en Nariño, pero no se logró materializar un proyecto político de orden nacional bajo esas premisas. La mayoría de las promisorias organizaciones sociales gestadas durante este periodo desaparecieron rápidamente, bien por fatiga de las bases, por la ausencia de perspectivas políticas globales, por la cooptación del Estado o los partidos o continuaron viviendo de manera vegetativa, sin alcanzar un desarrollo que las hiciera sujetos decisivos de la política regional o nacional.

Mientras los sectores del socialismo «democrático» buscaban formas de superar la rigidez de los esquemas comunistas, la izquierda «radical» se estrechaba teóricamente, rehusando renovarse. Este hecho y la intensificación de la persecución estatal a las luchas sociales bajo los preceptos de la guerra de baja intensidad fueron dando lugar a un paulatino distanciamiento entre esa izquierda «radical» y los intelectuales.

La preponderancia de la lucha armada como estrategia política, a la vez expresión de la crisis de la izquierda legal y una de las causas de su ahondamiento, empeoró las ya precarias condiciones del trabajo intelectual dentro de la izquierda «radical» al erosionar sus espacios y procesos de discusión. Las revistas teóricas languidecieron, se redujo el número de periódicos, las discusiones sobre problemas internacionales se tornaron esporádicas; la izquierda se fue empobreciendo discursivamente. Se cerraba así un círculo vicioso: sin renovación teórica no se avanzaba políticamente, pero sin arraigo popular no había posibilidad de construir discursos complejos. La enajenación de la simpatía de los intelectuales condenó a la izquierda a la repetición monótona de un discurso muchas veces elemental, enclaustrándose en sus seguros esquemas de interpretación del mundo y de ejercicio político.

Si en los sesenta los intelectuales fueron ante todo militantes que sirvieron a los fines de su organización política desde la academia o desde la oficina de redacción de una revista o periódico, en los ochenta esa relación entre política y academia se fue invirtiendo, consolidándose una intelectualidad preocupada en primer lugar por la academia y que asumirá la política como una responsabilidad subordinada a ella.

A medida que los intelectuales se fueron alejando de la política militante se afianzaron los estudios políticos con un carácter académico, en los cuales se presta una mayor atención a los problemas metodológicos y se intenta apreciar con la mayor «objetividad» y ecuanimidad posible los problemas de estudio. Este desplazamiento también significó sin embargo no pocos esfuerzos vinculados con la política, en el sentido de resaltar, desde nuevos problemas y metodologías, los sectores populares, sus organizaciones o sus líderes.

Algunos intelectuales, a pesar de sus desavenencias con las organizaciones de izquierda, siguieron teniendo simpatía por algunas de sus búsquedas democráticas y de justicia social pero manteniendo una posición crítica hacia un hacer político frecuentemente considerado lleno de sectarismo, carente de amplitud y saturado de rigor doctrinario. En algunas circunstancias intentarán ayudar a rejuvenecer sus propuestas, pero sin abandonar la especificidad del ámbito académico. Les preocupaba sobre todo el incremento y las nuevas modalidades del conflicto armado así que, muchos estudios se orientaron a entender los escenarios, los actores, los dilemas de la lucha armada. Así como predomina la izquierda armada, los estudios se desentienden de los movimientos y partidos legales.

Junto con los trabajos más directamente académicos sobre la violencia se publicaron diversos textos de carácter periodístico o literario —varios de ellos con explícitas filiaciones políticas— sobre los grupos guerrilleros. Testimonios,

entrevistas, historias de vida que buscaban dar a conocer al país a los hombres que tanto tiempo habían estado en el monte y de los que la prensa hablaba tan profusamente. Algunos de los títulos más conocidos son *Siembra vientos y recogerás tempestades* (1982) de Patricia Lara; *Oiga hermano. Entrevista con Jaime Bateman* (1984) de Ramón Jimeno; *FARC veinte años* (1984) de Carlos Arango Z.; *Las guerras de la paz* (1985) de Olga Behar; *La paz la violencia, testigos de excepción* (1985) de Arturo Alape.

Durante los ochenta el socialismo de los años veinte comenzó a ser analizado de una manera más sistemática y a ser objeto de una mayor cantidad de estudios. Puede observarse a grandes rasgos la continuidad de las tendencias tanto de los estudios ligados más directamente a preocupaciones políticas, como la de aquellas, que sin dejar de tenerlas, buscaban desligarse de esos condicionamientos.

En el primer grupo de trabajos incluyo los de Ricardo Sánchez, Socorro Ramírez, Gerardo Molina, Iván Marín y León Zuleta. En el segundo los de Mauricio Archila y David Sowell.

Ricardo Sánchez y Socorro Ramírez, antiguos líderes de los grupos socialistas de los 70 parecen haberse impuesto un momento de reflexión luego del declive de sus organizaciones políticas. Como ocurre con frecuencia después de los momentos de auge de la lucha social, la actividad intelectual ganaba un espacio a la agitación política.

El trotskismo, al igual que las diversas corrientes marxistas, reivindica la genuina posesión y aplicación de las ideas de Marx y el desarrollo más consecuente de las tesis leninistas. Los grupos de afinidad trotskista repudiaron la tesis sostenida por el PCC durante muchos años, según la cual el camino indicado para la revolución colombiana era una revolución agraria antiimperialista como parte de una estrategia conformada por dos momentos diferenciados y en el primero de los cuales podía tener lugar una alianza con sectores de la burguesía nacional. Los trotskistas sostenían, en cambio, la necesidad de desarrollar un auténtico internacionalismo proletario que no dejara interponer las barreras nacionales a las aspiraciones de los oprimidos; afirmaban igualmente que la revolución debía ser una dinámica no sujeta a etapas (fusión de la revolución democrático-burguesa y socialista en un sólo proceso en los países no industrializados), dentro de la cual se diera la más nítida preeminencia de la clase obrera en el bloque de clases llamado a dirigir el proceso revolucionario. Los textos de Ricardo Sánchez *Historia política de la clase obrera en Colombia* (1983), *Las ideas socialistas en Colombia (Historia de 1850-1930)* (1983) y *Tesis sobre el partido socialista en Colombia* (1985) se nutren de estas premisas.

Tanto para los anarquistas, como para los grupos trotskistas la experiencia socialista de los años veinte en Colombia tenía varios atractivos eventuales, que la convertían en muchos aspectos en un modelo positivo de lo que debiera ser un movimiento revolucionario. Coincidió con un período donde, a pesar del progresivo repudio oficial, aun León Trotsky era reconocido mundialmente como un líder de primer orden dentro de la revolución bolchevique y el movimiento comunista internacional dentro de los cuales aún podían tener lugar discusiones internas democráticas, sin que la discrepancia condujera al paredón o a los campos de concentración en Siberia, donde aún la cada vez más mermada oposición podía formular propuestas políticas para los partidos comunistas, y donde el internacionalismo leninista no había sido aún sustituido por la táctica de la «revolución en un sólo país». Tanto por la concepción bolchevique de la preeminencia del proletariado en la lucha política —diluida en la táctica stalinista de revolución agraria antiimperialista para los países no industrializados— como por la amplitud, radicalidad e importancia de las luchas obreras desarrolladas en los veinte, el trotskismo veía en el socialismo pre-PC y especialmente en la corta existencia del PSR un adelantado ejemplo de partido revolucionario. La historia de las primeras etapas del socialismo en Colombia fue entonces acomodada para que coincidiera con las premisas de un coherente internacionalismo, de un activo obrerismo y quedara alejada del stalinismo.

R. Sánchez hace comenzar la historia del socialismo en las experiencias colectivistas de los chibchas para luego hacerla pasar sucesivamente por los periodos del «socialismo romántico y utópico del siglo XIX de estirpe europea», por el «socialismo moderado» hasta 1923, y luego por el «socialismo revolucionario» hasta 1930. En su afán por mostrar al socialismo como un elemento constitutivo de la historia colombiana incurre en el anacronismo de incluir a los chibchas dentro del «conjunto de ideas, sistemas y propuestas» socialistas: «El primer ciclo fué el del colectivismo Chibcha que fué practicado socialmente y que forma parte de las grandes civilizaciones precolombinas que lo organizaron en diferentes formas como los Incas, Mayas y Aztecas».³⁸ En otro ejercicio de ajuste de la historia enfatiza la importancia de Luis Tejada, al que considera posiblemente «el primer socialista moderno de estirpe marxista y partidario de las ideas que guiaron el triunfo de la revolución de octubre de 1917». Pero antes que reflexionar sobre la importancia de Tejada para la difusión del marxismo en Colombia o sus contribuciones a la organización de

³⁸ Ricardo Sánchez. *Las ideas socialistas en Colombia*. Editorial La Rosa Roja. (Bogotá 1982) 122-123.

grupos obreros o a la fundación de un partido socialista, se explyaya en relatar cómo «leía amorosamente a Trotsky».³⁹

Socorro Ramírez —líder socialista de los años setenta— en su ensayo *María Cano, luchadora socialista* (1984) estableció unos vínculos explícitos entre las necesidades políticas de su momento y las enseñanzas del pasado. El ensayo, es apenas un breve resumen del libro de Torres Giraldo sobre el mismo tema, en el que, al igual que R. Sánchez con respecto a Luis Tejada, las actividades y los fundamentos políticos de la Flor del Trabajo aparecen esencialmente como un anticipo y una ratificación del camino político asumido por el apologista:

Su lucha democrática, antiimperialista e internacionalista muestra la importante presencia del PSR, y de ella como su vocera pública en la articulación del frente único de acciones democráticas y antiimperialistas. La construcción de un partido de masas, de estructura interna democrática que unifique las luchas de todos los sectores articulados a la formación de una internacional, fue bandera levantada por la gran María de los Ángeles Cano, y sigue siendo tarea urgente en la Colombia de hoy.⁴⁰

Las ideas socialistas en Colombia (1987) de Gerardo Molina tiene en común con los ensayos de Ricardo Sánchez su distancia crítica hacia la izquierda «radical» oficial, su pretensión de hacer la historia del socialismo consustancial a la historia colombiana, además de un punto de partida militante. Los resultados académicos son sin embargo notoriamente distintos.

Gerardo Molina representa junto con Antonio García uno de los más nítidos ejemplos del largo esfuerzo por desarrollar un modelo de socialismo arraigado en las particularidades nacionales, no adherido a organizaciones o esquemas supranacionales, pero a su vez interesado en superar nuestro capitalismo dependiente. Esa búsqueda lo llevó a participar en muy diversas experiencias políticas a lo largo de su vida. En la Liga de Acción Política junto a García en los cuarenta, en el MRL en los años sesenta, en Firmes en los ochenta y de diversas formas en la periferia del liberalismo contribuyendo a empujarlo hacia objetivos democratizadores, de justicia social y no alineamiento internacional. En ese recorrido la izquierda desarrolló una ambigua relación con Molina, a quien se le consideraba un incomodo aliado. Este, por su parte estableció lazos cordiales pero distantes, restando atención a las ideas políticas de la izquierda «radical» las cuales parecía desdeñar.

³⁹ Sánchez, R. 136.

⁴⁰ Socorro Ramírez. “María Cano, luchadora socialista” En: *Magazin Dominical del Espectador*. No 67 – 68 Bogota (1982) 2 parte, p. 16.

Antes que las funciones de un político típico, Molina había ejercido en su larga carrera de intelectual-político el papel de agitador de ideas. Le preocupaba la ausencia de contenido doctrinario en las luchas partidistas, por lo que desarrolló una extensa reflexión sobre las ideas políticas en Colombia y sobre los principios de las grandes corrientes políticas en el mundo. Después de realizar un extenso estudio sobre las ideas liberales estuvo dedicado a hacer algo similar con *Las ideas socialistas en Colombia*. No es fruto de la casualidad que fuera el mismo título usado por Jorge Eliécer Gaitán para su tesis de grado en 1924. El hecho de que en su libro, las ideas y los líderes liberales sean más resaltados que los socialistas confesos, se debía no sólo a las convicciones políticas de Molina sino al hecho de que *Las ideas socialistas...* parece ser un subproducto de *Las ideas liberales...*

El libro abarca el periodo comprendido entre la conquista española y los años 1980. Su investigación, caracterizada por la protuberante ausencia de una conceptualización de su objeto de estudio, está expuesta en un lenguaje mesurado, que pretende una serena objetividad sobre el problema estudiado, pero lo hace por la vía de hacer invisible al «adversario». Mientras que se detiene largamente en líderes importantes en la historia del liberalismo como Murillo Toro, J. E. Gaitán o López Pumarejo, no aparecen mencionados ni una sola vez Francisco Posada, Estanislao Zuleta, Mario Arrubla, Anteo Quimbaya, el Partido Comunista, los grupos maoístas y trotskistas, por nombrar solo algunos intelectuales y grupos de izquierda que han tenido un largo contacto con las doctrinas socialistas. Molina ni siquiera se toma la molestia de cuestionar el acervo doctrinario de la izquierda. Simplemente rehúsa otorgarle el status de socialista en cuanto niega su misma existencia.

Se podrían presumir enormes diferencias de Molina con la izquierda «radical», a la que quizás juzgaba dogmática y exótica, pero es difícilmente comprensible su opción de negarle cualquier vínculo con las ideas socialistas. Pero entonces, ¿cuál es el socialismo que estudia Molina? Si hacemos un ejercicio deductivo eso queda claro al final del libro cuando presenta la lista de «Los teóricos socialistas»: Antonio García, Camilo Torres, Orlando Fals Borda y el Movimiento Firmes.⁴¹ Como culminación, el «socialismo democrático» que Molina impulsaba mediante Firmes y que expresaba la esperanza de sectores importantes de la izquierda «moderada» en que el auge de las movilizaciones populares de mediados de los ochenta condujera a una salida del conflicto armado y a una superación de la crisis de los partidos tradicionales.

⁴¹ Gerardo Molina. *Las ideas socialista en Colombia*. Ediciones tercer mundo. (Bogotá) 319-337.

El desconocimiento de la izquierda «radical» asumido por Molina y la consecuente negación de sus nexos con el socialismo —que parece corroborar la distancia mantenida durante su propia carrera política con esa izquierda— es menos notorio cuando estudia los comienzos del siglo XX hasta el ascenso del liberalismo al poder. Allí presenta un amplio recuento del Partido Obrero de 1916 y del Partido Socialista de 1919 resaltando sus características doctrinarias, sus nexos con el liberalismo, sus actos de protesta. Ese esfuerzo comprensivo sin embargo no se extiende hasta la etapa del PSR, pues en muy escasas páginas apenas reseña algunas movilizaciones sobresalientes sin que consigne ninguno de sus rasgos doctrinarios.

Otros trabajos sobre el tema son los de Iván Marín Taborda: *María Cano en el amanecer de la clase obrera* (1985) y León Zuleta, editor: *María Cano y su época* (1988). Los dos son un conjunto de breves escritos, hechos para la ocasión, en los que no hay ningún aporte al conocimiento del personaje o de sus circunstancias históricas y en cambio se repiten los lugares comunes con fines laudatorios a partir de los estudios más conocidos, básicamente Torres Giraldo.

Los trabajos que Marín y Zuleta sistematizaron estaban imbuidos del aliento estimulante de las abundantes movilizaciones sociales de mediados de los ochenta. Los investigadores del mundo laboral se veían situados ante las sugestivas perspectivas políticas desatadas por el reagrupamiento organizativo de los sindicatos que se plasmó en la fundación de la Central Unitaria de Trabajadores en 1986.

A partir de circunstancias semejantes Mauricio Archila ha ido elaborando un persistente trabajo investigativo sobre los movimientos sociales y más específicamente sobre los orígenes de la clase obrera durante la primera mitad del siglo XX. De ese esfuerzo han resultado sus trabajos *Los movimientos sociales entre 1920-1924: una aproximación metodológica* (1980), *La Humanidad, el periódico obrero de los años veinte* (1985), *La otra opinión: La prensa obrera en los años veinte* (1986), *Aquí nadie es forastero. Testimonios sobre la formación de una cultura radical: Barrancabermeja 1920-1950* (1986), *Barranquilla y el río: una historia social de sus trabajadores* (1987), *Ni amos ni siervos. Memoria obrera de Bogotá y Medellín (1910-1945)* (1989), *Cultura e identidad obrera* (1991).

Los trabajos anteriores a *Cultura e identidad obrera* parecen acercamientos parciales y tentativos al estudio de la clase obrera, aunque unidos todos por la intención de ligar el trabajo académico con preocupaciones democráticas y en esa medida por la valoración de las fuentes orales y la participación de los mismos trabajadores en la investigación. Su opción por una historia «desde

abajo», en la que no renuncia a la pretensión de totalidad, implica la aceptación de que ella también «es una historia “política”, tanto, cuanto lo es la tradicional. Lo que no necesariamente significa que se trata de una historia “militante” (entendiendo por ésta una historia “oficial” y acritica al servicio de unos intereses específicos).»⁴²

Los estudios de Archila no se ocupan directamente de los grupos socialistas, pero contribuyen a mostrar el contexto en el cual ellos desarrollaron sus actividades. En la medida que indaga por la forma como usaron el tiempo libre o como fueron construyendo su identidad como obreros nos permite entender de una manera más compleja cómo pudieron ser los procesos de socialización política de los trabajadores. Sin embargo en el breve ensayo *La Humanidad, el periódico obrero de los años veinte*, Archila explora las formas contraculturales que promovió ese periódico, como parte de un esfuerzo por afianzar una identidad obrera independiente, fortaleciendo a su vez la organización.

David Sowell llevó a cabo una investigación más claramente alejada de cualquier circunstancia política nacional. *The Early Colombian Labor Movement. Artisans and Politics in Colombia, 1832-1919* publicado en 1992, aunque no está dedicado específicamente a los grupos socialistas, aporta novedosos conocimientos acerca de las organizaciones gremiales y políticas de los artesanos y obreros, de sus vínculos con los partidos políticos, de los diferenciados reclamos motrices de los grupos de trabajadores y de los retos y obstáculos a su acción política.

Al finalizar los años ochenta la izquierda se encontró entre perpleja y expectante, con la profunda crisis de los países socialistas. Los renovados cuestionamientos al concepto de revolución socialista y el decrecimiento de la movilización social no impidieron el fortalecimiento de los grupos guerrilleros, a los que sin embargo se les endilgó desde diversas tribunas el calificativo de obsoletos. Las alternativas no estaban despejadas y la izquierda «radical» pareció asumir la opción de esperar mejores tiempos.

Apogeo de los fusiles, ocaso de los discursos

Al comenzar los años noventa la izquierda tuvo ante sí complejos problemas e interrogantes. La Unión Soviética se desintegró, la revolución sandinista fue derrotada en las urnas, Cuba enfrentó una dramática crisis económica, China ratificó su opción por el capitalismo comunista. Algunos sectores de la

⁴² Mauricio Archila. “Ni amos ni siervos. Memoria obrera de Bogotá y Medellín (1910-1945)” En: *Controversia* No 156-157 Cinep. (Bogotá 1989). 12.

izquierda fueron conscientes de la gravedad de una situación en la que a nivel interno se conjugaban la entrega de las armas por parte de algunos grupos insurgentes y su disposición a participar en la Asamblea Nacional Constituyente, con la erosión de las organizaciones políticas y sociales, la deserción de muchos militantes, la pérdida de arraigo social y la sensación de derrota.

En la izquierda se sucedieron arduas dudas y agrios debates. Desde diversas posiciones se intentó comprender la crisis. Hubo quienes la asumieron como el agotamiento histórico de un modelo de desarrollo socioeconómico que, aunque conservando algunas potencialidades, había agotado su núcleo central. Otros hicieron énfasis en la represión estatal y en las nuevas instituciones políticas que se estaban creando con la Constitución como los factores fundamentales para entender el problema. Para otros, la crisis simplemente no existía y los cambios en Europa oriental eran apenas la conjunción de una conjura de la CIA con la ya prevista crisis del revisionismo post-stalinista —o de la degeneración del socialismo burocrático— y en todo caso la bancarrota debida al abandono de los «auténticos» principios revolucionarios.

Entre tanto fue claro que los grupos guerrilleros habían desplazado definitivamente a la izquierda legal del centro de la escena política sin que ello significara que hubieran asumido el liderazgo de una renovada propuesta socialista. La incapacidad de aquella para reinventar un socialismo pos-soviético tangible y audaz tanto como la liquidación violenta de la oposición por parte del Estado conducían los hilos de un proceso que no fue alterado en forma decisiva ni siquiera por circunstancias tan dramáticas como la crisis del socialismo soviético o las enormes dificultades y los pudorosos timonazos de la revolución cubana. La precariedad de una perspectiva «radical», socialista, hacía que por momentos se apelara a ciertos referentes internacionales como la revolución cubana o el Subcomandante Marcos, a los que se rodeó con un aura de orgullosa terquedad revolucionaria.

A medida que pasaron los años noventa, los grupos guerrilleros fueron ganando considerables espacios políticos con sus acciones bélicas y sectores de las élites llegaron a aceptar la posibilidad de conceder a los insurgentes la discusión de los grandes temas nacionales como la propiedad, las fuerzas armadas o la reforma del Estado. Pero la depreciación en los grupos guerrilleros de las consideraciones políticas revolucionarias en aras del pragmatismo de la guerra, la extensión de la guerra a casi todo el territorio nacional, la primacía de los grupos paramilitares como estrategia contrainsurgente del Estado, junto con la incapacidad de éste para hacer las reformas necesarias sin supeditarlas a una negociación de paz, parecen conducir a nuevos ciclos más sangrientos del conflicto.

Sin embargo, al comenzar la década de los noventa, la guerra interna pareció tener buenas posibilidades de ser superada. La redacción de una nueva Constitución Política y la negociación de paz con algunos grupos insurgentes indujeron cierto optimismo que estimuló los esfuerzos de algunos antiguos militantes insurgentes para llevar a cabo estudios sobre la historia de sus organizaciones o sobre algunos líderes guerrilleros, sobre los procesos de reinsertión y sobre otros temas relacionados con la insurgencia en Colombia. Su convicción en la conveniencia de optar por formas distintas a la lucha armada como mecanismo de acción política se tornó fácilmente en amargas reflexiones donde el pasado de la izquierda fue juzgado en función de los dilemas del proceso de paz. *Izquierda y cultura política colombiana 1919-1939* (1990), *Izquierdas y cultura política ¿Oposición alternativa?* (1994) de Fabio López de la Roche, *Para reconstruir los sueños (Una historia del EPL)* (1994) de Alvaro Villarraga y Nelson Plazas y *Aquél 19 será* (1995) de Darío Villamizar son textos que en distinta medida responden a ese ajuste de cuentas de los grupos reinsertados con su propio pasado.

El carácter prejuicioso de estas investigaciones no les resta su importancia, dada por el vasto conocimiento de la materia, por el esfuerzo de ofrecer una explicación ya no anecdótica de la historia de estos grupos, por incursionar en las particularidades regionales de la actividad política; por la exploración de temas novedosos como la cultura política colombiana, esfuerzo que acomete Fabio López en diversos trabajos. Esas investigaciones quedaron insertas en la base discursiva de empresas políticas inmediatas como la Alianza Democrática M-19, que intentó reunir a diversos sectores de izquierda. Pero el rápido declive de este movimiento inhibió la consolidación de un espacio de vinculación entre el trabajo académico y el quehacer político de la izquierda.

De otro lado, el libro *Biófilo Panclasta. El eterno prisionero* (1992) editado por el Grupo Cultural Alas de Xue, presentado como vinculado con el anarquismo, no puede eludir la inexistencia de algún movimiento significativo bajo ese signo doctrinario.

Biófilo Panclasta... está compuesto por un ensayo sobre los orígenes del anarquismo en Colombia además de textos de y sobre Panclasta y Julia Ruiz. Llama la atención la curiosidad que logró despertar en su momento el pintoresco anarquista nortesantandereano, sobre el que se tejieron fantásticas historias, basadas casi exclusivamente en sus propias versiones. Aunque pasó por símbolo del anarquismo, la influencia de Panclasta en las organizaciones obreras o en los grupos anarquistas colombianos es totalmente desconocida, a menos que se le asigne alguna trascendencia al Centro Nacional de Unidad y Acción Revolucionaria, entidad «fundada» por él en 1928, pero que no tuvo más vida que la publicación de un comunicado.

El ensayo de J. C. Gamboa y Amadeo Clavijo «Orígenes de la presencia anarquista en Colombia» constituye el capítulo más relevante dentro del libro *Biófilo Panclasta...* Pero al igual que en textos como el de Alfredo Gómez anteriormente reseñado, el esfuerzo por restituir la presencia del anarquismo en las primeras organizaciones obreras termina en una abominación de las demás corrientes políticas vinculadas a las organizaciones populares durante los años veinte. Ese afán los lleva a transformar algunos hechos para hacer aparecer a supuestos anarquistas⁴³ como Raúl Eduardo Mahecha en el papel de incomprendidos —incluso marginados— por el PSR.⁴⁴

Los años escondidos. Sueños y rebeldías en la década del veinte (1994) de María Tila Uribe es hasta el presente uno de los esfuerzos más sistemáticos y sólidos por estudiar el socialismo de los veinte. El libro tiene entre sus virtudes dar vida, acercarse cálidamente a los líderes socialistas, mostrar su entorno cotidiano, destacar la participación de la mujer; pero ese relieve justamente dado a líderes como Tomás Uribe Márquez sin que se presente suficientemente el contexto organizativo, sin que se ilumine con similar intensidad la vida de otros dirigentes termina por desfigurar la situación pues parece por momentos como si las decisiones del PSR dependieran del personaje central.

Los años escondidos... es una historia del socialismo desde la perspectiva de Bogotá, mientras que la de Torres Giraldo es la del movimiento obrero de Cali y de la actividad agitational de María Cano y la de Alfredo Gómez es una perspectiva de la Costa. Un equívoco en estos enfoques es pretender que la más válida historia de ese socialismo es la propia. En el caso de María Tila al hilar la historia desde Uribe Márquez y enfatizar el caso de Bogotá se transmite la sensación de que el PSR fue un movimiento centralizado donde el secretario general poseía una gran capacidad para poner en movimiento a los grupos regionales. Pero la situación era bien distinta, existiendo agrias disputas y agudos resquemores entre los grupos y líderes, como lo expresó Raúl Eduardo Mahecha en la Conferencia Comunista de Buenos Aires y lo revelaron otros dirigentes en oportunidades distintas, sobre todo en el ocaso del PSR.

Por oposición a quienes han considerado a los dirigentes del PSR unos «putchistas», «liberalizantes de las masas» María Tila se afana en presentar a T. Uribe Márquez como un intachable socialista, desprovisto de vínculos con

⁴³ ¿Puede compartirse la calificación de anarquistas que Gamboa y Clavijo otorgan a activistas políticos como Jacinto Albarracín o Raúl E. Mahecha? Esta conceptualización tiene su principal asidero en su simpatía por la «acción directa», pero no se detiene a considerar sus ideas políticas. Sin embargo unos mismos métodos de acción pueden ser usados para materializar muchas doctrinas.

⁴⁴ Orlando Villanueva y otros. *Biófilo Panclasta El eterno prisionero*. Ediciones proyecto Cultural <<Alas de xue>>, (Bogotá 1992). 95

el liberalismo, como si eso constituyera una vergüenza para su historial político. María Tila relata cómo «el “Mono” Dávila, con quien Tomás no había dejado de escribirse, le preparó en Girardot una reunión (preludio de la Convención Socialista del año 23) en la que lo presentó como el compañero que esperábamos hace tiempo». ⁴⁵ Sin embargo ningún documento conocido de los grupos socialistas menciona a Tomás Uribe durante estas fechas, y menos con esos calificativos. En cambio en una fecha cercana a la fundación del PSR, en mayo de 1924 durante el Congreso Obrero, Uribe Márquez manifestó en forma vehemente sus vínculos con el liberalismo. ⁴⁶

Sin que se pueda considerar a los dirigentes socialistas de entonces como simples títeres de las estrategias liberales, los vínculos con esa agrupación política fueron notorios. Formas de dirigir la acción política y concebir la toma del poder son sólo algunos de esos factores del entramado que valdría la pena examinar, pero su fertilidad depende de no persistir en la aceptación incondicional de explicaciones donde la clave sea la manipulación.

Los años escondidos... recurre muchas veces a fuentes difícilmente contrastables o presenta citas que no estipulan claramente su origen, o da crédito a los testimonios de viejos militantes y a los recuerdos de la autora, sin una preocupación por verificar su autenticidad. También se echa de menos una conceptualización del tipo de socialismo que desarrolló el PSR, una caracterización de las corrientes que en él se desarrollaron, una estimación de las causas que produjeron su crisis.

El libro de Diego Jaramillo Salgado *Las huellas del socialismo. Los discursos socialistas en Colombia 1919-1929* (1997) es un ensayo de historia de las ideas políticas durante un periodo que el autor divide en dos partes; una primera fase caracterizada por un discurso «socialista liberal-utopista» (hasta 1923) y otra signada por un discurso «marxista».

En *Las huellas del socialismo...* se presentan y analizan los discursos socialistas como si ellos fueran fruto de unas organizaciones con un accionar político continuo y un discurso homogéneo. Pero si, como plantea Archila, existió «una matriz más o menos común en los proyectos políticos de la clase» ⁴⁷

⁴⁵ María Tila Uribe. *Los años escondidos. Sueños y rebeldías*. Cestra Cerec. (Bogotá 1994) 84.

⁴⁶ Cuando se discutía la propuesta de desvincular a las organizaciones obreras de los partidos políticos «Se oyen protestas, golpes de pupitre, etc. y los DD. Entrena Pedro y Uribe Márquez le gritan desde sus pupitres que ellos son liberales por temperamento y que para dejar de serlo tendrían que arrancarles el sistema nervioso; que además, cuando ellos aceptaron sus respectivas delegaciones, contrajeron la obligación de servirle al obrerismo, pero no de dejar de ser liberales, pues a tal cosa jamás se hubieran podido comprometer.» En: “Congreso obrero”, *El Tiempo*, Mayo 9 de 1924, p. 2.

⁴⁷ Mauricio Archila. “La otra opinión: La prensa obrera en el siglo Veinte.” *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*. No 13-14 Bogota (1986) . 232.

durante este periodo, habría que clarificar también los elementos diferenciadores al interior del socialismo para tener una idea más compleja de él y evitar los riesgos de otorgar una homogeneidad extraña al movimiento que se estudia.

Jaramillo Salgado desarrolla su ensayo como si hubiera existido *un* discurso socialista, tanto cuando se refiere al Partido Socialista fundado en 1919 como al PSR, al que caracteriza como practicante de un socialismo marxista, para lo cual debe desplegar evidentes esfuerzos argumentativos. En realidad el PSR ni siquiera elaboró un programa y aunque los partidos socialistas de 1916 y 1919 sí lo hicieron no es dable pensar que estas organizaciones tuvieran una coherencia interna tal que pudieran hacer de sus plataformas programáticas una carta de navegación capaz de movilizar los esfuerzos de los múltiples grupos regionales y gremiales para su aplicación en una misma dirección. Más que por un vago programa, la dinámica de las organizaciones socialistas parece haber estado determinada por los fuertes liderazgos, por las apremiantes necesidades populares, por las tradiciones católicas y liberales de acción social.

En *Las huellas del socialismo...* son citados en forma indiferenciada Luis Tejada y los periódicos *La Humanidad* y *El Socialista* para ilustrar la concepción del PSR sobre el Estado o el proyecto de sociedad a que aspiraba el socialismo. Recurrir a Tejada para tal efecto no es muy pertinente si consideramos que sus ideas políticas no fueron determinantes para el desarrollo de las organizaciones políticas surgidas con posterioridad a la efímera existencia del Congreso comunista de 1924.⁴⁸ Al tomar a *El Socialista* como punto de referencia para entender el discurso político del PSR olvida que Juan de Dios Romero, director del periódico, en el mejor de los casos fue considerado un amigo del PSR.⁴⁹ Y si bien *La Humanidad* representaba uno de los grupos

⁴⁸ Sobre la importancia de Tejada en la asimilación de las ideas marxistas en Colombia y en el impulso de las organizaciones socialistas existen criterios muy disímiles. Aunque con frecuencia se le presenta como un solvente marxista y un dinámico activista, considero excesivas esas calificaciones. Estimo que su influencia en el específico ámbito del socialismo colombiano fue bastante limitada y en algún momento cuestionable, aunque en el campo más amplio de la crítica cultural hizo aportes considerables cuestionando el conservadurismo social de su época.

⁴⁹ En la misma fundación de este movimiento fue descalificado duramente: «En vista del informe de la Federación Obrera colombiana de muchos otros hechos que son de pública notoriedad, el tercer congreso obrero de Colombia, declara: Que los periódicos “El Socialista” y “Claridad” no representan ni han representado nunca los intereses de los trabajadores, y condena la labor inmoral y disociadora desarrollada por dichos periódicos y sus directores, señores Juan de Dios Romero y Erasmo Valencia.» “Sesión de anoche en el Congreso obrero”, *El Tiempo*, Diciembre 3 de 1926, p. 8.

más influyentes dentro del PSR, podría resultar útil hacer una comparación con lo que publicaba Mahecha en su periódico *Vanguardia Obrera* o Tomás Uribe Márquez en *La Chispa*, para alcanzar una idea más detallada de cuáles eran las preocupaciones y los sueños compartidos por estos dirigentes y por el PSR.

Bibliografía

- Archila, Mauricio (1980). «Los movimientos sociales entre 1920-1924: una aproximación metodológica». En: *Cuadernos de Filosofía y Letras*, Universidad de los Andes, Vol. III, N° 3. Bogotá.
- (1985). «La Humanidad, el periódico obrero de los años veinte». En: *Boletín Cultural y Bibliográfico Biblioteca Luis Angel Arango*, Vol. XXII, N° 3. Bogotá.
- (1986). *Aquí nadie es forastero. Testimonios sobre la formación de una cultura radical: Barrancabermeja 1920-1950*. Controversia N° 133-134. Cinep. Bogotá.
- (1986). «La otra opinión: La prensa obrera en los años veinte». En: *Anuario de Historia Social y de la Cultura*, N° 13-14. Bogotá.
- (1987). *Barranquilla y el río: una historia social de sus trabajadores*. Controversia N° 142. Cinep. Bogotá.
- (1989). *Ni amos ni siervos. Memoria obrera de Bogotá y Medellín (1910-1945)*. Controversia N° 156-157. Cinep. Bogotá.
- (1991). *Cultura e identidad obrera. Colombia 1910-1945*. Cinep. Bogotá.
- Casas, Ulises (1980). *Origen y desarrollo del movimiento revolucionario en Colombia*. (S.E.). Bogotá.
- Cuadros Caldas, Julio (1937). *Comunismo criollo y liberalismo autóctono*. Editorial Marco A. Gómez. Bucaramanga.
- Fals Borda, Orlando (1966). *La subversión en Colombia*. Ediciones Tercer Mundo. Bogotá.
- Gaitán, Jorge Eliécer (1984). *Las ideas socialistas en Colombia*. Centro Jorge Eliécer Gaitán – Facultad de Derecho Universidad Nacional. Bogotá.
- Gilmore, Robert (1956). «El espejismo socialista de la Nueva Granada». En: *The Hispanic American Historical Review*, Vol. XXXVI: 2, pp. 190-210. Traducción al español en: *Cuadernos de Historia Social y Económica*, Universidad Nacional. N° 8, s.f. Bogotá.
- Gómez, Alfredo (1980). *Anarquismo y anarcosindicalismo en América Latina. Colombia, Brasil, Argentina, México*. Editorial Ruedo Ibérico. Madrid.

- Jaramillo Salgado, Diego (1997). *Las huellas del socialismo*. Universidad del Cauca; Universidad Autónoma del Estado de México. México.
- Leal Buitrago, Francisco (1988). «La profesionalización de los estudios políticos en Colombia». En: *Análisis Político*, N° 3. Bogotá. pp. 49-62.
- Loaiza Cano, Gilberto (1995). *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura*. Colcultura. Bogotá.
- Londoño, Rocío (1980). «Una experiencia de la investigación marxista en Colombia». En: *Documentos Políticos*, N° 143. Bogotá.
- Marín Taborda, Iván (1985). *María Cano en el amanecer de la clase obrera*. Ismac. Bogotá.
- Medina, Medófilo (1980). *Historia del Partido Comunista de Colombia*. Ceis. Bogotá.
- Meschkat, Klaus (1983). «La herencia perdida. Movimientos sociales y organización revolucionaria en la década de 1920: el caso del Partido Socialista Revolucionario de Colombia». En: *El marxismo en Colombia*. Universidad Nacional. Bogotá. pp. 145-169.
- Molina, Gerardo (1987). *Las ideas socialistas en Colombia*. Ediciones Tercer Mundo. Bogotá.
- Nieto Rojas, José María (1956). *La batalla contra el comunismo en Colombia*. Empresa Nacional de Publicaciones. Bogotá.
- Partido Comunista de Colombia [Comité Central] (1960). *Treinta años de lucha del Partido Comunista de Colombia*. Ediciones Los Comuneros. Bogotá.
- Proletarización (1975). *¿De dónde venimos, hacia dónde vamos, hacia dónde debemos ir?* Editorial 8 de Junio. Medellín.
- Ramírez, Socorro (1984). «María Cano, luchadora socialista». En: *Magazín Dominical de El Espectador*, N° 67 y 68. Bogotá. pp. 8-11 y 14-16.
- Sánchez, Gonzalo (1985). «Los bolcheviques del Líbano». En: *Ensayos de historia social y política del siglo XX*. El Ancora Editores. Bogotá. (Ediciones El Mohán publicó la 1° edición en 1976. Bogotá).
- Sánchez, Ricardo (1982). *Historia política de la clase obrera en Colombia*. Editorial La Rosa Roja. Bogotá.
- (1983). «Las ideas socialistas en Colombia». En: *El marxismo en Colombia*. Gonzalo Sánchez y Hernando Corral, coordinadores. Universidad Nacional. Bogotá. pp. 117-143.
- (1985). *Tesis sobre el partido socialista en Colombia*. Editorial La Rosa Roja. Bogotá.
- Sowell, David (1992). *The Early Colombian Labor Movement. Artisans and Politics in Bogotá, 1832-1919*. Temple University Press. Philadelphia.

- Torres Giraldo, Ignacio (1967). «La repercusión de Octubre en las luchas de Colombia». En: *Documentos Políticos*, N° 70. Bogotá. pp. 64-75.
- (1967). *Los Inconformes. Historia de la rebeldía de las masas en Colombia, 1er tomo*. Luis Martel Editor. Medellín. (Editorial Margen Izquierdo publicó los 5 tomos. 1972. Bogotá).
- (1972). *María Cano. Mujer rebelde*. Publicaciones de La Rosca. Bogotá.
- Uribe, María Tila (1994). *Los años escondidos. Sueños y rebeldías en la década del veinte*. Cestra, Cerec. Bogotá.
- Villanueva M., Orlando y otros, editores (1992). *Biófilo Panclasta. El eterno prisionero*. Ediciones Proyecto Cultural «Alas de Xue». Bogotá.
- Zuleta, León, editor (1988). *María Cano y su época. Memorias*. Ipc, Ens, Ins, Cinep, Ismac. Medellín.